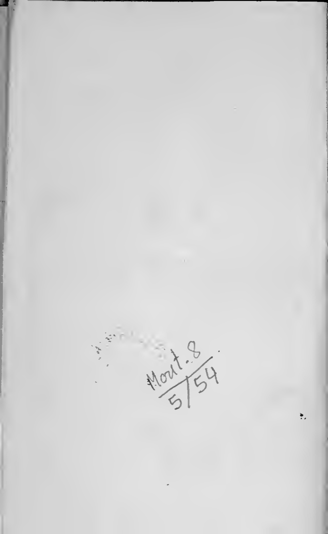

8
54


Mont. 8
5/54



AMINTA.

FABULA PASTORAL

DE TORCUATO TASSO,

traducida al castellano

POR D. JUAN DE JAUREGUI.



Se vende en Madrid en la imprenta de Burgos, calle de Toledo frente á San Isidro el real.

AMINTA.

FABULA PASTORAL

DE TORCUATO TASSO,

traducida al castellano

POR D. JUAN DE JAUREGUI.

MADRID,
IMPRENTA DE D. M. DE BURGOS.
1830.

PRÓLOGO

DEL SEÑOR ABATE

PEDRO ANTONIO SERASSI. *

El Aminta de Torcuato Tasso es una composicion tan hermosa, elegante y perfecta en todas sus partes, que con razon se tiene por uno de los mas preciosos adornos de la poesía italiana. Es indudable que á nuestra Italia se debe toda la gloria de este nuevo género de drama, absolutamente desconocido de los Griegos y de los Latinos, porque los italianos fueron sus inventores, y ellos solos le ennoblecieron y llevaron á aquel sublime grado de perfeccion á que se vió llegar en poco tiempo; merced al arte, y al fino y delicado gusto de nuestros insignes poetas.

Agustin Beccari, natural de Ferrara, hombre, á decir verdad, de no muy exquisita literatura, pero de fecundo y felicísimo ingenio, fue el primero que introdujo en la escena á los pastores, y que formó con su drama intitulado *el Sacrificio*, una accion regular y completa; pues hasta que él lo hizo no se habian visto mas que meras y sencillas églogas, sin fábula, sin enredo, y sin ningun desenlace acertado. Esta pastoral se representó dos veces con grandísimo aplauso en Ferrara en el año de 1554: y en el de 1555 salió á luz bajo la proteccion de las Princesas Estenses, Lucrecia y Leonor, entonces muy jóvenes.

* *Esta excelente noticia histórica del* Aminta *salió á luz en la bella edicion que hizo Bodoni de la pastoral del Tasso en 1789: y como por su erudicion escogida, su buena crítica, y su elegancia ha conseguido una aceptacion tan grande dentro y fuera de Italia, hemos creido hacer un servicio á los lectores españoles en ponerla al frente de esta nueva edicion de la traduccion clásica de Jáuregui.*

El feliz éxito que tuvo esta fábula de Beccari no pudia dejar de excitar la emulacion de los literatos de Ferrara; y así fue que Alberto Lollio, ilustre orador y poeta, se dedicó casi repentinamente á compuner una comedia pastoril que intituló *la Aretusa*, y que, estando escrita con mas artificio y delicadeza que la otra, puesta despues en escena en 1563, pareció cosa muy divertida, y ennobleció mas esta nueva poesía pastoril. No pasaron cuatro años sin que se viera parecer otra tercera, que fue *el Desgraciado*, fábula pastoril de Agustin Argenti, caballero tambien de Ferrara, que se representó con mucho aparato en mayo de 1567 en presencia del Duque Alfonso II, del Cardenal Luis su hermano, y de su tio el Príncipe Francisco, haciendo de actor principal aquel célebre Verato, que fue comunmente reputado por el Roscio de su tiempo.

El Tasso, que hacia poco habia ido á Ferrara al servicio del Cardenal de Este, asistió por fortuna á aquel espectáculo, y no seria posible explicar el gusto que tuvo, ni lo que le enamoró este hermosísimo género de drama. Bien vió que en manos de mas habil artífice podria mejorarse mucho y ser cosa exquisita; y es muy probable que desde aquel momento concibiese el proyecto de escribir su Aminta, al cual sin embargo no se dedicó sino muchos años despues.

Estaba en aquel tiempo enteramente ocupado el Tasso en la composicion de su poema, que habia emprendido con mucho empeño por complacer al Duque Alfonso, que se mostraba deseosísimo de él, y le dispensaba infinitos favores, y le convino por entonces dejar á un lado aquella idea, y reservarla para mejor tiempo. Mas no dejó sin embargo por esto de notar y conservar en la lectura que hacia de griegos y latinos, las formas y conceptos mas bellos y nobles, con que poder adornar á su tiempo su fábula, y de ello puede ser buen testigo un Teocrito que yo poseo, todo anotado y apostillado por él.

Un viaje que el Duque tuvo que hacer á Roma en enero de 1573 proporcionó facilmente á nuestro poeta la oportunidad de poner por obra su designio: por le que, viéndose mas libre de lo que solia estar, y (lo que era aun mas importante) con el ánimo sosegado y tranquilo, se dedicó á componer su Aminta, y trabajó con tanto ingenio y tan afortunada facilidad, que le acabó en menos de dos meses. Asi formó este perfectísimo drama, que siempre será mirado como el mas noble modelo que tienen la lengua y la poesía italia-

na de pureza, de elegancia y de diversion, y con el cual, á juicio de los inteligentes, no se ha visto todavía ninguna composicion que se iguale en ninguna otra lengua; ya se atienda á la nobleza y propiedad de los conceptos adaptados á las costumbres de las personas introducidas en él, ó ya se consideren las sales naturales, y la belleza verdaderamente ática de la expresion.

Es ademas cosa digna de admiracion ver con cuanta maestría supo el Tasso adaptar su propio estilo á los diversos géneros, es decir, al sublime, al mediano y al humilde, no diferenciándose nada, ni aun en esto, de su Virgilio, á quien se habia propuesto por modelo. Tan grande, elevado y heróico como se muestra en su gran poema, tan apacible, galan y sencillo se le vé tambien en esta composicion pastoril. Y así es que, conviniéndole acomodarse enteramente á las costumbres que se habia propuesto imitar, no hubo menester andar en busca de palabras, frases ó giros que fuesen raros, ó se apartasen del comun lenguage poético, sino que solo eligió las voces mas puras y mas lindas de nuestra lengua, y los modismos mas delicados, y estos los unió de manera que formasen en el verso un sonido muy sencillo, y muy gracioso al mismo tiempo.

Pero mas que nada se advierte su cuidado en imitar en los mejores Griegos, y principalmente en Anacreonte, en Mosco, y (como ya hemos dicho) en Teócrito, ciertas figuras, ciertas traslaciones, ciertas imágenes, ciertas gracias en suma, que parecen naturales, y son artificiosísimas y sumamente delicadas. En esta imitacion se conoce verdaderamente lo grande que era el Tasso, porque ni copió, ni imitó servilmente, sino que injertó (por decirlo así) en el tronco de las bellezas griegas las suyas propias, y las de su lengua; de modo que produjo un fruto propio de nuestro suelo, bastante agradable, y por fortuna mas sabroso que el primero y originario.

No son menos dignas de atencion y maravilla las bellezas interiores de esta incomparable pastoral. Su fábula está muy bien tejida, excelentemente tratada, y el desenlace es nuevo y artificioso. La accion es una sola, acompañada de episodios verosímiles; y los varios accidentes que en ella se encuentran, se ven producidos uno por otro con suma naturalidad, y sin necesidad de auxilios extraños: y así se viene á desenlazar el enredo del drama con la peripecia, y con una

especie de reconocimiento que, aunque no sea como el del *Edipo tirano*, tan celebrado por Aristóteles, ni tenga toda la perfeccion que se requiere en la tragedia, es sin embargo muy adecuado a la calidad de los personages y de la accion, y por eso causa una admiracion acompañada de lo creible y de lo verosímil, que son los dos quicios principales del arte poética.

Así que volvió el Duque á Ferrara se hicieron al momento los preparativos necesarios para la representacion del Aminta, que se verificó en efecto con gran pompa en la primavera del mismo año de 1573, con aquel placer de los espectadores y aplauso del poeta, que es facil figurarse. Madama Lucrecia de Este, princesa de Urbino, á cuyos oidos llegaron muy presto las maravillas que se decian de esta hermosísima composicion, deseó vivamente oirla; y como era protectora y muy amiga del autor, trató de que el mismo fuese con licencia del Duque á Pésaro, y se la leyese, como se verificó en efecto. Toda la corte se complació extraordinariamente en oirla, de forma que la Princesa, habiendo obtenido cortesmente del Tasso una copia de ella, quiso que fuese representada en el carnaval siguiente por algunos caballeros jóvenes.

Cuán nuevo pareció este espectáculo, y cómo agradó á todos los que asistieron á él, se vé en una carta inédita de Tiberio Almerici, que ha tenido la atencion de franquearme el doctísimo señor Annibal de gli Abati Olivieri. En ella, escrita en Pésaro el último dia de febrero de 1574 á Virgilio Almerici, que se hallaba estudiando en Padua, despues de hablar de un hermosísimo torneo que se hizo aquel carnaval, y de la representacion de una comedia de Sforza de gli Oddi Perugino, intitulada la *Erofilomachia*, ó desafio de amor y de amistad, añade: "El tercer espectáculo de que se »ha gozado este carnaval ha sido una égloga del Tasso, »que se representó el jueves pasado por algunos jóve»nes de Urbino, en la sala que se hizo para la venida de »la Princesa, y se ha mirado como una de las compo»siciones hermosas que hasta ahora se han presentado »en la escena en su género, porque los conceptos son »bellísimos y muy interesantes, y la accion (aunque »sencilla) es muy agradable y afectuosa. Es bien cierto, »no obstante, que en algunas partes principales no se »ha representado tan bien como merecia, especial»mente en los afectos, que son los que producen el »mayor interes en la égloga. Los hombres de gusto la »han mirado como cosa rara; y lo que se ha añadido

»graciosamente á esta égloga, y ha gustado bastante, »es la novedad del coro en los entreactos, que la hacia »muy magestuosa, y daba infinito placer con sus agra»dables conceptos á los espectadores y oyentes." Despues bahla de qne los que la habian representado habian salido para Fossombrone á representársela al Cardenal de la Rovere, que lo deseaba mucho.

Despues de algunos años fue representada esta fábula en Mantua con la magnificencia propia del Duque Guillermo; y el mismo Tasso convidó á varios señores, y, entre otros al Principe de Molfetta, y á Rannccio Farnesio, Príncipe de Parma. Pero con mucho mas magnífico aparato la hizo representar en Florencia ácia el año de 1590 el gran Duque Fernando, quien se valió para las máquinas y perspectivas de Bernardo Buontalenti, célebre é ingeniosísimo pintor, y tuvo tal éxito, fue tan aplaudida la accion, y sorprendió tanto á los espectadores, que se dice que el mismo Torcuato se resolvió á ir ocultamente á Florencia á conocer á Buontalenti, y que al momento que le saludó y dió un beso en la frente, se volvió á marchar sin presentarse al gran Duque, que deseaba mucho verle y honrarle.

Apenas salió á luz esta hermosísima pastoral en el año de 1581, impresa por Aldo el jóven, cuando no solo llamó la atencion de nuestra Italia su belleza, sino que todas las naciones cultas se empeñaron á porfia en reimprimirla y traducirla en sus idiomas. Entre estas la nacion francesa, tan aficionada á la literatura, fue, como era de esperar, la primera que mostró lo que la apreciaba, puesto que en el año de 1584, ademas de haberse reimpreso en París segun el original, por Abel l' Augelier en 12.°, se vió tambien traducida en versos franceses por Pedro de Brach, consejero del Rey, é impresa en Burdeos bajo los auspicios de Madama Margarita de Francia, Reyna de Navarra. A esta traduccion se siguieron despues otras cuatro, dos de ellas en verso, una del señor de Raissignier, y otra del abate de Forches, y las dos en prosa, una de Mr. Pecquet, y la última de Mr. l' Escalopier.

Casi al mismo tiempo que la primera traduccion francesa pareció una en lengua ilírica, hecha por Domingo Slaturichia, célebre en Dalmacia por otras traducciones. Poco despues en el año 1607 tuvo tambien la España una hermosísima, hecha por el ingenioso don Juan de Jauregui, de la cual no dudó decir el grande escritor español Miguel de Cervantes, «que era

tan feliz y hermosa, que costaria trabajo distinguir cual era la traduccion y cual el original."

En 1615 hizo tambien en Alemania una elegante version latina en versos senarios Andrés Ildebrando Pomerano, que la publicó en Francfort impresa por Vecheli en 8.°; y en 1628 salió á luz una inglesa del señor Oldmixon, bastante apreciada, é impresa en Londres, donde ya en 1591 se habia reimpreso el original italiano por Juan Volfeo, á expensas de Jacobo Castelvetro. En 1642 fue igualmente traducida esta pastoral en lengua tudesca por Miguel Schneidern, é impresa en Hamburgo en 12.°: en 1715 en idioma holandes por Juan Bautista Dellekens, é impresa en Amsterdam; y por último, en 1745 en griego vulgar, sin nombre de traductor, é impresa en Venecia por Nicolas Glica de Giovannini en 8.°

Nuestra Italia, mas que todas las demas provincias cultivó este hermosísimo género de drama, de forma que apenas hubo ningun versificador ácia fines del siglo XVI y principios del XVII que no escribiese una fábula ó una tragicomedia pastoril, de tal manera, que en el año de 1614 Clemente Bartoli, caballero de Urbino, habia recogido hasta ochenta, segun refiere Luis Zuccolo: y en el año de 1700, época en que Monseñor Fontanini publicó su *Amintá defendido*, Juan Antonio Moraldi enseñaba en Roma cerca de doscientas. Todavía se conservan algunas pocas, que son verdaderamente hermosas, y muy dignas de elogio, como *la Filis de Sciro* del Conde Guidubaldo de Bonarelli; las *Pompas funebres* de Cesar Cremonino, el *Pastor Fido* del Guarini, la *Amarilis* de Cristóval Castelleti, y la *Floris* de Magdalena Campiglia: todas las demas valen poquísimo, y por eso con razon han sido olvidadas.

Es digno de observarse que, tanto en las buenas como en las medianas, si se encuentra algun rasgo hermoso, ó algun pensamiento noble y delicado, se ve que está, ó absolutamente tomado, ó al menos imitado del Aminta, al que sus autores se propusieron por norma, y por supremo y único modelo de la poesía pastoril. Esto dió motivo al agudo Boccalini para fingir en el 50 de sus *Avisos del Parnaso*, «que ciertos »poetas rateros, habiendo roto el escritorio mas secreto »del Tasso, en que conservaba sus mas estimadas com»posiciones, le robaron el Aminta, y despues se le di»vidieron entre sí; pero descubiertos los autores del »robo, y perseguidos por la Justicia, aunque se aco»gieron á la casa de la Imitacion, como lugar inmune,

»fueron sin embargo extraidos de órden de Apolo, y »conducidos presos vergonzosamente."

De todo lo dicho se deduce como cosa indudable, que asi como el Tasso llegó á ocupar con su *Jerusalen* el primer lugar en la epopeya italiana, asi tambien con la delicadeza de su Aminta llevó la fábula pastoril á un grado tan alto de belleza y de perfeccion, que en uno y otro género no queda á nadie esperanza de poderle igualar, y mucho menos de aventajarle nunca.

PERSONAS.

AMOR *en hábito pastoril.*
DAFNE, *compañera de*
SILVIA, *amada de*
AMINTA.
TIRSI, *compañero de Aminta.*
SATIRO, *enamorado de Silvia.*
NERINA, *mensagera.*
ERGASTO, *mensagero.*
ELPINO, *pastor.*
CORO *de pastores.*

PRÓLOGO.

AMOR.

¿Quién creyera que en esta humana forma,
Y así en estos despojos pastoriles
Estaba oculto un Dios? no un Dios agora
Selvaje, ó de la plebe de los Dioses;
Mas entre los celestes y los grandes
El de mayor poder; que muchas veces
Derriba á Marte la sangrienta espada
De la robusta mano; y á Neptuno,
Que las tierras combate, el gran tridente;
Y los rayos á Júpiter supremo.
En este aspecto y en aquestos paños
No reconocerá tan facilmente
Mi madre Venus al Amor su hijo.
Esme forzoso andar huyendo della,
Y disfrazarme así, porque ella quiere
Disponer á su gusto de mis flechas,
Y de mí mesmo; y de ambicion movida,
Cual liviana muger, me insiste y lleva
A las ilustres cortes y los cetros,
Y allí procura que mi fuerza emplee:
Y solo al vulgo de ministros mios
(Mis menores hermanos) dá licencia
Que puedan alojarse entre las selvas,

Y usar las armas en silvestres pechos.
Yo, que no soy criatura, aunque mi rostro
Lo representa y mi ademan travieso,
Quiero usar de mis armas á mi gusto,
Y disponer de mí segun mi antojo;
Que á mí fue concedido, y no á mi madre,
El fuego omnipotente y arco de oro.
Por esto disfrazándome; y huyendo
No su imperio, que en mí no tiene alguno,
Mas los ruegos, que al fin siendo de madre
Tienen fuerza, me escondo entre las selvas
Y en las cabañas de la gente humilde.
Ella me sigue y busca, prometiendo
A quien me manifieste, un dulce abrazo,
O algun premio mayor; cual si no fuese
Yo poderoso para dar en cambio
Regalos semejantes ó mayores
A quien me encubra della: esto á lo menos
De cierto sé, que los halagos mios
A las doncellas les serán mas gratos
(Si yo, que soy Amor, de amor entiendo):
Así me busca de ordinario en vano,
Que nadie quiere revelarme, y callan.
Pues por estar aun mas oculto, y que ella
No pueda descubrirme por las señas,
Dejé las alas, el aljaba y arco:
Mas no por eso vengo desarmado;
Que aquesta que parece simple vara,
Es mi encendida hacha transformada,
Y toda espira llamas invisibles:
Tambien aqueste dardo, aunque no tiene
La punta de oro, es de divino temple,

Y do quiera que pica amor imprime.
Hoy he de hacer una profunda herida,
No menos incurable, al duro pecho
De la mas cruda ninfa que en los campos
Siguió jamas el coro de Diana.
Será tan grande llaga la de Silvia
(Que este es el nombre de la ninfa fiera)
Como nna que yo hice, habrá algun tiempo,
Al tierno pecho del zagal Aminta,
Cuando los dos de un modo pequeñuelos,
Él por el campo á caza la seguia.
Y porque el golpe en ella mas encarne
Esperaré que la piedad primero
Ablande el duro hielo, que apretado
Al rededor del corazon le ha puesto
La honestidad y virginal decoro;
Y en el instante mismo que lo sienta
Algo mas tierno, lanzaréle el dardo.
Pues para ejecutar cómodamente
Mi empresa noble, ir quiero á entretenerme
Envuelto con la turba de pastores,
Que todos festejantes, coronados
Aquí se juntan ya, donde los dias
Solenes gastan en solaz y fiesta,
Y fingiré ser uno de su escuadra.
En este puesto, en este haré mi golpe,
Que no le puedan ver mortales ojos.
Hoy estas selvas en manera nueva
Se oirán hablar de amor: hoy ha de verse
Que aqui presente mi deidad asiste,
Ella en sí misma, y no en ministros suyos.
Inspiraré sentido noble y puro

A los rústicos pechos, y en sus lenguas
Pondré un estilo dulce y delicado,
Pues en cualquiera parte que yo asista
Soy Amor en efeto; en los pastores
No menos que en los héroes poderoso,
Y la desigualdad de los sugetos
Como me place igualo: esta es la suma
Gloria que alcanzo, el gran milagro mio,
Que suelo hacer las rústicas zampoñas
A la lira mas docta semejantes.
Y si mi madre, que desdeña el verme
Andar errando por agrestes bosques,
Esta verdad no reconoce acaso;
Ella es ciega, no yo, que falsamente
Usa llamarme ciego el ciego vulgo.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DAFNE Y SILVIA.

Dafne.

¿Querrás, Silvia, en efeto
Sin los placeres de la hermosa Venus
Pasar tus verdes y floridos años?
¿No oirás el dulce nombre
De madre, ni verás los tiernos hijos
Con apacible juego rodearte?
Muda, muda de intento,
Simplecilla de tí, que no te entiendes.

Silvia.

Siga otra los contentos amorosos,
Si es que hay en el amor algun contento;
Yo desta vida gusto, y mi deleite
Es atender al arco y la saeta,
Seguir la fiera fugitiva, y luego
Aterrar combatiendo la mas brava:
Y mientras no faltaren
Al bosque fieras y á la aljaba flechas,
A mí no temo que placeres falten.

Dafne.

Desabridos placeres
Por cierto, y vida en todo desabrida,
Que si agora te agrada,
Es por no haber probado otra ninguna.

Así la gente que habitó primero
En el mundo, que aun era simple infante,
Tuvo por dulce y buen mantenimiento
Agua y bellotas: ya bellotas y agua
Es manjar y bebida de animales,
Por ser puestas en uso uvas y trigo.
Tú por ventura, si nna vez gustases
Cualquier mínima parte del contento
Que goza un corazon amante amado,
Dijeras suspirando arrepentida:
»Todo el tiempo se pierde,
Que en amar no se gasta:
¡O mis pasados años!
¡Cuántas prolijas noches,
Cuántos silvestres solitarios dias
He consumido en vano,
Que pudiera ocuparlos
En estos amorosos pasatiempos!
Muda, muda de intento,
Simplecilla de tí, que no te entiendes."

Silvia.

Cuando yo, arrepentida, suspirando
Esas palabras diga,
Que tú finges y adornas á tu gusto,
Acia sus fuentes volverán los rios,
Huirá el hambriento lobo del cordero,
El galgo de la liebre, amará el oso
El mar profundo, y el delfin los Alpes.

Dafne.

Conozco ya la juventud esquiva:
Así cual eres tú tambien yo he sido;
Así tambien gocé de gentileza,

De rostro hermoso, y de cabello rubio:
Así tuve cual tú los labios rojos,
Y en mis llenas mejillas delicadas
Mezclada así con el jazmin la rosa.
Acuérdome que solo era mi gusto
¡Que simple gusto! componer las redes,
Armar con liga la una y otra mata,
Dar nuevos filos en la piedra al dardo,
Y acechar de las fieras en el bosque
La cueva y huellas; y si vez alguna
Era mirada de lascivo amante,
Volvia la vista rústica y salvaje
Al suelo con vergüenza desdeñosa,
Desplaciéndome entonces la hermosura
Tanto como á los otros agradaba;
Cual si fuera mi culpa ó mi deshonra
El ser vista, querida y deseada.
¿Mas qué no puede el tiempo? ¿y qué no puede,
Sirviendo, mereciendo y suplicando
Hacer un importuno y fiel amante?
Vencida fuí, yo lo confieso, y fueron
Del vencedor las armas,
Humildad y contínuo sufrimiento,
Llanto, suspiros y piadosos ruegos.
Mostróme en fin entonces
La oscura sombra de una breve noche
Lo que la luz de mil enteros dias
En largo tiempo no me habia mostrado.
Reprehendíme entonces de mi engaño
Y simple ceguedad, y, suspirando,
Con voz alegre dije:
Toma allá, Cintia, tu bocina y arco,

Que desde aqni renuncio
Tu aljaba, flechas, ejercicio y vida.
Así tambien espero que tu Aminta
Llegue á domesticar en algun dia
Esa tu condicion rústica y dura,
Y ablande en ese pecho
El intratable corazon de acero.
¿No es un gentil mancebo? ¿no te quiere?
¿Acaso no es querido de otras ninfas?
¿Te deja á tí por el amor de alguna,
O por el ódio tuyo?
¿Pues en nobleza acaso le aventajas?
Si tú eres hija de Cidipe, y ésta
Nació del Dios de nuestro noble rio;
Él de Silvano es hijo, cuyo padre
Fué Pan, aquel gran Dios de los pastores.
No es menos que tú bella (si te miras
Al espejo tal vez de alguna fuente)
La cándida Amarilis, y él desprecia
Sus afables caricias,
Y sigue tus desprecios desdeñosos.
Haz cuenta (y quiera el cielo que sea vana)
Que él, de tí desdeñado, al fin procura
Agradarse de aquella qne le adora;
¿Qué sentirás, me di? ¿con cuáles ojos
Verás tu amante con ageno dueño,
Y ya en agenos brazos
Feliz y alegre estar de tí burlando?

Silvia.

Haga Aminta de sí lo que gustare,
Y de su amor, que á mí me importa poco;
Y como no sea mio,

De quien quisiere sea;
Mas no será, no le queriendo, mio,
Y aunque él lo fuese, yo no seria suya.

Dafne.

¿De dónde nace tu aborrecimiento?

Silvia.

De su amor solamente.

Dafne.

Padre apacible de hijo riguroso:
¿Cuándo se vió del corderillo manso
Nacer el tigre, ni del cisne el cuervo?
Ó á mí, Silvia, me engañas, ó á tí mesma.

Silvia.

Aborrezco su amor, porque aborrece
Su amor mi honestidad: y amélo en tanto,
Que de mí quiso lo que yo queria.

Dafne.

Tú quieres lo peor; y él te desea
Lo que á sí mismo.

Silvia.

Tú, mi Dafne, calla,
Ó habla de otra cosa, si pretendes
Que te responda.

Dafne.

¡Qué desapacible,
Qué soberbia rapaza! Dime al menos,
¿Si otro alguno te amára,
Admitieras su amor desa manera?

Silvia.

De aquesta misma admitiré á cualquiera
Insidiador de mi virgíneo pecho,
Que tú llamas amante, y yo enemigo.

Dafne.

¿Juzgas por enemigo
Por ventura el carnero de la oveja?
¿El toro de la vaca?
¿Juzgas por enemigo
Al caro esposo de su tortolilla?
¿Juzgas por tiempo acaso
De enemistad y enojo
La dulce primavera,
Que agora alegre y verde
Enseña á amar el mundo y animales,
Los hombres y mugeres? ¿Y no adviertes
Cómo todas las cosas
En este tiempo están enamoradas
De un amor apacible y provechoso?
Mira allí aquel palomo
Con qué dulces arrullos y caricias
Besa á su compañera.
Oye aquel ruiseñor de ramo en ramo
Cómo salta cantando yo amo, yo amo.
Pues la culebra (si es que no lo sabes)
Deja el veneno, y corre
Fervorosa al amante.
Siente de amor el tigre,
Ama el bravo leon: tú sola, fiera
Mas que las fieras todas,
Le niegas en tu pecho acogimiento.
Mas, ¿qué digo leon, serpiente y tigre,
Que tienen sentimiento?
Tambien aman los árboles y plantas.
Mirar puedes la vid con cuánto afecto
Y con cuántos abrazos repetidos

A su marido enlaza.
Ama un abeto al otro, el pino al pino,
El fresno al fresno, el sauce por el sauce,
Y una por otra haya arde y suspira;
Y si tuvieras tú de amor sentido,
Bien sus mudos suspiros entendieras.
¿Que has de ser en efeto para menos
Que las plantas, huyendo ser amante?
Muda, muda de intento,
Simplecilla de tí, que no te entiendes.

Silvia.

Pues bien, cuando á las plantas
Oyere los suspiros,
Digo que entonces quiero ser amante.

Dafne.

Tú recibes á burla mis consejos
Fieles, y así con mis palabras juegas.
¡O en amor sorda cuanto boba y necia!
Mas anda, vendrá tiempo en que de veras
De no haberlos seguido te arrepientas.
Y no te digo cuando irás huyendo
Las fuentes, donde agora te deleitas,
Cuando huirás las fuentes por el miedo
De verte ya tan arrugada y fea;
Bien que esto te avendrá: mas no te anuncio
Esto solo, que aunque es tan grave daño,
Es daño al fin comun: ¿no se te acuerda
Lo que Elpino contaba el otro dia,
El sabio Elpino á su Licori hermosa?
¿La que en Elpino puede con los ojos
Lo que él debiera en ella con el canto,
Cuando el deber en el amor se hallára?

Pues lo contaba oyendo Bato y Tirsi,
De amor grandes maestros, en la cueva
De la Aurora, do encima de la puerta
Escrito está: «Lejos de aquí, profanos.»
Él dijo (y dijo que se lo habia dicho
Aquel de ingenio grande
Que cantó los amores y las armas,
Cuya zampoña le dejó muriendo)
Que hay una oscura cueva en el infierno
Allá donde los hornos de Aqueronte
Exhalan negro humo abominable,
Y que en aquésta con tormento eterno
De llanto y de tinieblas espantosas
Son castigadas merecidamente
Las mugeres ingratas y rebeldes.
Aguarda pues, que allí se te apareje
Albergue á tu fiereza, y será justo
Que saque el humo llanto de unos ojos
Do la piedad jamas pudo sacarlo:
Sigue, sigue tu estilo, y
Desconocida ninfa y obstinada.

Silvia.

¿Y qué le respondió Licori entonces
A tales cosas?

Dafne.

Tú del propio hecho
Nada cuidas, é inquieres los agenos.
Con los ojos le dió respuesta.

Silvia.

¿Cómo
Responder pudo con los ojos solos?

Dafne.

Ellos á Elpino vueltos respondieron
Con una dulce risa: »tuyos somos,
Y el mismo corazon de la que miras,
Ni mas debes pedirle,
Ni mas te puede dar": y esto bastára
Por muy cumplido premio al casto amante,
Cuando él aquellos ojos
Juzgára verdaderos como bellos,
Y entera fé les diera.

Silvia.

¿Y por qué no los cree?

Dafne.

Luego ¿no sabes
Lo que Tirsi escribió, cuando perdido
Sin seso ardiendo anduvo por los campos
De tal manera, que á la par movia
Piedad y risa en ninfas y pastores?
No fue lo que escribió digno de risa,
Si bien sus hechos, como ves, lo fueron:
Él escribió mil troncos, y con ellos
Creció la letra juntamente y versos,
Donde me acuerdo asi haber leido:
»Falsas lumbres, espejos engañosos
Del triste corazon, bien os conozco,
Y los engaños vuestros; ¿mas qué importa,
Si Amor impide que de vos me aparte?"

Silvia.

Yo estoy perdiendo el tiempo aquí en palabras,
Sin acordarme que es el dia prescrito
Que habemos de ir á la ordenada caza
Del encinal. Si te parece, Dafne,

Me espera en tanto que en la fuente lavo
El polvo de que estoy toda cubierta
Desde ayer, por seguir un presto gamo,
Que al fin pude matar.

Dafne.

Esperaréte,
Y aun yo quizá me bañaré contigo:
Mas, quiero ir antes á mi casería,
Pues hasta agora no parece tarde:
Espérame en la tuya, iré á buscarte,
Y en tanto piensa tú lo que te importa
Mas que la fuente y caza; y si no sabes,
Cree que no sabes, y á los sabios cree.

ESCENA II.

AMINTA Y TIRSI.

Aminta.

He visto al llanto mio
El mar, las piedras responder piadosas;
Y suspirar las hojas
He visto al llanto mio:
Mas no he visto jamas, ni ver espero
Compadecerse mi enemiga bella,
(Que no sé si muger la nombre, ó fiera),
Pero ya niega ser muger humana
La que piedad me niega,
No habiéndola negado
Hasta la dura inanimada piedra.

Tirsi.

Pace el cordero la menuda yerba,

Y el lobo se alimenta del cordero ;
Mas el amor de lágrimas se ceba ,
Y sin jamás mostrarse satisfecho.

Aminta.

¡Ay triste! que el amor bien satisfecho
Está ya de mi llanto ; solo tiene
Sed de mi sangre , y quiero que mi sangre
Él y mi ingrata con los ojos beban.

Tirsi.

¡Ay Aminta infeliz! ¿qué devaneas?
¿Qué estás diciendo? esfuérzate y conforta,
Que otra ninfa hallarás , si te desprecia
Esta cruël.

Aminta.

¿Cómo podré hallar otra?
Si hallarme á mí no puedo , y si yo mismo
Me perdí , ¿qué ganancia
Adquiriré jamás que me contente?

Tirsi.

¡O mísero zagal! no desesperes ,
Que adquirirás la misma que deseas :
Sabe que el tiempo largo enseña al hombre
Poner freno al leon y tigre hircana.

Aminta.

Sí, pero el desdichado
No puede largo tiempo
Sostener la tardanza de su muerte.

Tirsi.

Será breve tardanza , porque en breve
Se enojan las mugeres , y se aplacan ,
A quien naturaleza hizo mudables
Mas que la hoja al viento , y que la punta

De blanda espiga. Pero yo te ruego
Que de lo oculto de tu triste estado
Me des noticia; que si bien me has dicho
Diversas veces que de veras amas,
La causa de tu amor siempre callaste:
Y mi fiel amistad pienso merece,
Con el comun estudio de las Musas,
Que me descubras lo que á todos celas.

Aminta.

Tirsi, yo soy contento de decirte
Lo que las selvas, montes y los rios
Ya saben, y los hombres no lo saben:
Porque ya estoy tan cerca de mi muerte,
Que me importa dejar quien manifieste
De mi morir la causa, y que la imprima
En la corteza de una haya infausta,
Junto al lugar do yacerá mi cuerpo:
Donde tal vez pasando aquella ingrata
Huelgue pisar los infelices huesos
Con el soberbio pie, y entre sí diga:
Este es mi triunfo; y de mirar se alegre,
Que ya es patente su vitoria á todos
Los pastores vecinos y extrangeros
Que allí traiga la suerte; y ser podria
(Mas mucho espero) se llegase un dia
Que ella, aunque tarde, de piedad movida,
Llorase muerto al que quitó la vida.
Mas oye agora.

Tirsi.

Dí, que bien te escucho,
Quizá con mejor fin que tú no piensas.

Aminta.

Siendo yo zagalejo,
Tanto que apenas con la tierna mano
Podia alcanzar de las primeras ramas
En los pequeños árboles el fruto,
Tuve pura amistad con una ninfa
La mas amable y bella
Que al viento dió jamas sus hebras de oro.
Bien conoces la hija de Cidipe
Y del rico Montano, Silvia cara,
Honor de nuestras selvas,
Y ardor de nuestras almas: desta digo:
Viví con ésta un tiempo tan unido,
Que entre dos tortolillas mas conforme
Fidelidad ni se verá, ni ha visto.
Eran nuestros albergues
Bien juntos, pero mas los corazones:
Conformes las edades,
Pero los pensamientos mas conformes.
Con ella muchas veces
Tendí la red á pájaros y á peces:
Seguí con ella el ciervo, el veloz gamo,
Y era común la caza y el contento:
Mas, mientras de animales hacia presa,
Sin saber cómo, fuí yo mismo preso.
Poco á poco nació en el pecho mio
No sé de qué raiz (como la yerba,
Que suele de sí misma ella nacerse)
Un incógnito afecto,
Que mi deseo movia
A ver siempre delante
Mi compañera Silvia;

Y de sus bellos ojos...
Solia gustar una dulzura extraña,
Que al fin dejaba un no sé qué de amargo:
Mil veces suspiraba, y no sabia
Cuál fuese la ocasion de mis suspiros:
De manera que fuí primero amante
Que al Amor conociese: vine al cabo
Bien á entenderlo; mas el modo escucha,
Y nota cómo fué.

Tirsi.

Debe notarse.

Aminta.

De un álamo á la sombra Silvia y Filis,
Y yo junto con ellas, estábamos un dia
Huyendo el sól estábamos un dia,
Cuando una abeja, que ligera andaba
Su miel cogiendo en los floridos prados,
A Filis fué volando, y en la mejilla hermosa,
Y en la mejilla hermosa,
Mas fresca y mas rosada que la rosa,
A nuestros ojos le picó atrevida:
(Quizá engañada con la semejanza
Creyó que fuese flor): entonces Filis
Como impaciente comenzó á quejarse
De la aguda picada; y
Pero mi bella Silvia dijo: calla,
Calla, no te lamentes, Filis mia,
Que con palabras que yo sé de encanto
Te quitaré el dolor: este secreto
Supe de Aresia maga, y le dí en trueco
Mi cuerno de marfil y engaste de oro.
Esto diciendo, avecinó los labios

De aquella dulce boca á la mejilla
Herida, y blandamente murmurando
Dijo no sé qué versos; y al momento
(Maravilloso efecto) sintió Filis
Quitársele el dolor; ó fue la fuerza,
Y virtud de las mágicas palabras;
O, como yo presumo,
La virtud de la boca,
Que sana lo que toca.
Pues yo que hasta entonces
Otra ninguna cosa deseaba
Que la agradable lumbre de sus ojos,
Y sus palabras dulces, mas suaves
Que el lento murmurar de un arroyuelo
Que rompe el curso entre menudas guijas,
Y el resonar de céfiro en las hojas;
Entonces me encendió nuevo deseo
De juntar á los suyos estos labios,
Y con mayor astucia y mas aviso
Que nunca habia tenido (mira cuanto
El amor sutiliza nuestro ingenio)
Se me ofreció un engaño, con que en breve
Llegar pudiese á conseguir mi intento;
Y fue de esta manera, que fingiendo
Me habia picado otra molesta abeja
El labio bajo, comencé á quejarme,
De suerte que el remedio que la lengua
No demandaba, el rostro le pedia.
La simplecilla Silvia,
Piadosa de mi mal, se ofreció luego
Con el remedio á la engañosa herida,
Y hizo ¡ay triste! mucho mas crecida

Y mas mortal mi herida verdadera
Cuando llegó sus labios á los mios.
No suelen las abejas
Coger tan dulce miel de flor alguna,
Como yo entonces de sus frescas rosas,
Aunque el vivo deseo,
Que ardiente me incitaba á humedecerlas,
Se abstuvo de temor y de vergüenza;
Siendo mas lento y menos atrevido.
Mas, mientras decendia
Al corazon la gran dulzura, mista
De un secreto veneno,
Tanto regalo deste bien sentia
Que, fingiendo no habérseme del todo
Pasado aquel dolor, hice de suerte
Que ella mas veces repitió el encanto.
De allí adelante de manera anduvo
Creciendo mi impaciencia y mi deseo,
Que como yá en el pecho no cupiesen,
Por fuerza hubieron de salir: y un dia
Que en cerco se sentaban muchas ninfas
Y pastores, haciendo un juego nuestro,
Que cada uno por órden le decia
En la oreja un secreto al mas vecino;
Le dije á Silvia: «yo por tí me abráso,
Y moriré, si tú no me remedias.»
A estas palabras inclinó su rostro,
Y de improviso le tiñó de rojo,
Dando señales de vergüenza y rabia.
No tuve otra respuesta que un silencio
Mudo, turbado y lleno de amenazas:
Quitóse de allí luego, y nunca quiso

Mas hablarme ni verme. Y ya tres veces
Ha el segador cortado las espigas,
Y tantas el ivierno ha despojado
Los verdes bosques de sus frescas hojas,
Y todos los caminos he tentado
Por aplacarla, fuera de la muerte.
Morir me falta en fin por aplacarla,
Y moriré en buen hora, como entienda
Que he de causarle sentimiento ó gozo:
Ni sé cual quiera mas destas dos cosas.
Bien fuera la piedad mas rico premio
De mi fe verdadera,
Y mayor recompensa de mi muerte;
Mas, no debo querer cosa que turbe
La luz serena de sus ojos bellos,
Ni que moleste aquel hermoso pecho.

Tirsi.

¿Es posible que Silvia, si te oyese
Palabras semejantes, no te amase?

Aminta.

No lo sé, ni lo creo;
Mas huye mis palabras
Cual áspid el encanto.

Tirsi.

Pues confia,
Que el corazon me dice
Que he de ser poderoso á que te escuche.

Aminta.

Ó nada alcanzarás, ó cuando alcances
Al fin que yo le hable,
Yo sé que nada he de alcanzar hablando.

Tirsi.

¿Por qué así desesperas?

Aminta.

Desespero
Con justa causa, porque el sabio Mopso
Ya me pronosticó mi dura suerte,
Mopso, que entiende el canto de las aves,
La virtud de las yerbas y las fuentes.

Tirsi.

¿De cuál Mopso me dices? ¿del que tiene
En la lengua melosas las palabras,
Un amigable término en los labios,
Y engaños y traiciones en el pecho?
Ora está de buen ánimo, que todos
Los pronósticos suyos infelices,
Que entre ignorantes vende con su falsa
Severidad, jamas tienen efecto;
Y de experiencia sé lo que te digo:
Antes por eso solo que él te anuncia
Me atrevo á asegurarte un fin dichoso
En tus amores.

Aminta.

Pues si sabes cosa
Que aliente mi esperanza, no la calles.

Tirsi.

Diretela en buen hora: á los principios
Que me trajo la suerte en estos bosques,
Ese hombre conocí, del cual juzgaba
Lo que tú juzgas: una vez, en tanto,
Me vino gusto de ir donde su asiento
Tiene la gran ciudad cerca del rio;
Y primero, tratándolo con este,

Me dijo así: tú irás á la gran tierra
Donde el astuto vulgo y cortesanos,
Soberbios é insolentes, muchas veces
Hacen pesadas burlas de nosotros,
Como de gente rústica y salvaje;
Así, vé sobre aviso, no te acerques
Mucho á las sedas de color, ni al oro,
Nuevos trages, divisas, ni penachos;
Y sobre todo guárdate no veas,
Por mala suerte, ó juvenil descuido,
La casa de los chismes y las charlas:
Huye aquel encantado alojamiento.
¿Qué puesto es ése? pregunté; y él dijo:
Aquí habitan las magas, que encantando
Hacen que se trasoiga, y se trasvea
Lo que parece de diamante y oro,
Es vidrio y cobre: aquellas ricas arcas,
Que juzgarás muy llenas de tesoro,
Espuertas son de viles trastos llenas:
Aquí están las paredes con gran arte,
Que hablan y responden al que habla,
Y no responden la palabra escasa,
Cual Eco suele por las selvas nuestras;
Mas la replican toda entera, entera
Y aun aumentada de lo que otro dice:
Hasta las sillas, mesas y las bancas,
Los escaños, las camas, las cortinas,
Y el mas adorno de la casa, todos
Tienen su lengua y voz, y siempre gritan:
Las charlas, en figura de rapazas,
Andan triscando, que si entrase un mudo,
Un mudo á su despecho charlaría.

Mas este es, hijo, el mas ligero daño
Que te avendrá: tú puedes transformado
Quedar en sauce, en fiera, en agua, ó fuego,
Agua de llanto y fuego de suspiros.
Así me dijo, y yo me fuí con este
Pronóstico infeliz á mi Ferrara;
Y como quiso Dios benigno, acaso
Un dia pasé por el feliz albergue,
De donde dulces y canoras voces
Salian de cisnes, ninfas y sirenas:
De sirenas celestes, y salia
Un blando y claro son, con tal dulzura,
Que atónito, gozando y admirando,
Embebecido me paré un gran rato.
Estaba encima de la puerta un hombre
De semblante magnánimo y robusto,
Como por guarda de tan gran belleza;
Del cual, segun pude entender, se duda
Si es mejor capitan que caballero:
Él, con afable y grave cortesía,
Siendo un ilustre príncipe, yo humilde
Bajo pastor, me convidó á que entrase.
¡O lo que ví! ¡lo que sentí yo entonces!
Yo ví celestes dioses, ninfas bellas,
Nuevas lumbres purísimas, y Orfeos,
Y otros hallé tambien sin velo ó nube:
La Aurora ví, cuál suele aparecerse
Ante los inmortales, esparciendo
Sus rayos de oro y su rocío de plata:
Ví fecundando relucir en torno
A Febo y á las musas, y acogido
Elpino entre éstas; y en aquel instante

Sentí mas grande hacerme de mí mismo,
Lleno de gran virtud, lleno de nueva
Deidad: luego, cantando héroes y guerras,
Desdeñé el pastoril rústico verso.
Y aunque despues por gusto ageno vine
Otra vez á las selvas, no por eso
Dejé de sostener alguna parte
De aquel altivo espíritu: no suena
Ya mi zampoña humilde cual solia,
Sino con voz mas alta y mas sonora,
Émula de la trompa, hinche las selvas.
Despues oyóme Mopso, y con malvada
Vista mirando, me aojó; que ronco
Vine á quedar, de que callé gran tiempo:
Pensaban los pastores que me hubiese
El lobo visto, y era Mopso el lobo.
Esto te he dicho, porque entiendas cuanto
Crédito debe darse á lo que dice:
Tú, Aminta, puedes esperar sin duda,
Por solo que este quiere que no esperes.

Aminta.

Mucho me alegra todo lo que cuentas.
A tí el cuidado, Tirsi, te remito
Desta mi vida.

Tirsi.

Yo tendré el cuidado,
Y tú me espera aquí dentro de un hora.

CORO DE PASTORES.

¡O bella edad del oro venturosa!
No porque miel el bosque destilaba,

Y de las fuentes leche se vertia;
No porque dió sus frutos abundosa
La tierra que el arado no tocaba,
Ni venenosa sierpe consentia;
No porque relucia
Sin tristes nubes el sereno cielo,
Y siempre era templada primavera,
Que ya no persevera;
Mas la destemplan el calor y el hielo:
Ni llevó nave á la extrangera tierra
La vil codicia, ó la sangrienta guerra.
Mas solo porque entonces este vano,
Vano y fingido nombre sin sujeto,
Este ídolo de errores engañoso,
A quien la urbanidad y el vulgo insano
Llamó despues Honor, y es en efeto
De la naturaleza opuesto odioso,
No mezcló malicioso
Su afan en los dulcísimos amores,
Ni de su dura ley tan importuna
Tuvo noticia alguna
Aquella libre escuadra de amadores;
Mas de una natural, que consentia
Fuese lícito aquello que placia.
Entonces por el agua y por las flores
Iban con dulces bailes retozando
Los Cupidillos sin aljaba ó lazo
Sentábanse las ninfas y pastores,
Caricias mil al razonar mezclando,
Y á las caricias uno y otro abrazo:
De velo, ni embarazo
Jamás cubrió sus rosas encarnadas

La pastorcilla, ni la pura frente,
Desnudo juntamente
Su blanco pecho y pomas delicadas:
Y á menudo en el agua detenida
Triscar se vió el amante y su querida.
Tú, Honor, fuiste el primero que negaste
La fuente de deleites tan copiosa,
Y á la sed amorosa la escondiste:
Tú á los hermosos ojos enseñaste
A encubrir en sí mismos temerosa
La viva luz que en su belleza asiste:
Tú en redes recogiste
Las hebras de oro que trataba el viento;
Y tú pusiste el ademan esquivo
Al proceder lascivo,
Freno á la lengua, y arte al movimiento:
Efecto (o vil Honor) es solo tuyo,
Que el don de amor se llame hurto suyo.
Y suelen ser tus célebres hazañas
Las penas del que oprimes á tus leyes.
Mas tú, señor de la naturaleza
Y del amor, tú que sujetas reyes,
¿Qué pretendes oculto entre cabañas,
Donde caber no puede tu grandeza?
Allá con la nobleza
Vete á turbar el sueño al preeminente;
Deja sin tí nuestros humildes pechos
En limitados techos
Vivir al uso de la antigua gente.
Amemos, que no hay tregua diferida
Entre los tiempos y la humana vida.
Amemos, que el sol muere y luego nace:

A nosotros se esconde y se deshace
La breve luz del dia,
Y el sueño eterna noche nos envía.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

SÁTIRO.

Es pequeña la abeja por estremo,
Y con sus breves armas, cuando pica,
Hace molesta y grave la herida:
Mas, ¿qué cosa tan breve y tan pequeña
Como el Amor, que en todo breve espacio
Entra y se esconde, ya en la sombra escasa
De unas pestañas; ya entre las primeras
Sutiles hebras de un cabello rubio;
Ya en los hoyuelos de una dulce risa;
Y en pequeñez tan mínima le vemos
Hacer mortales incurables llagas?
¡Triste de mí! que es todo llaga y sangre
Mi corazon y entrañas; y mil dardos
Puso el Amor en los airados ojos
De Silvia. Crudo Amor, ingrata Silvia,
Mas cruda y mas ingrata que las selvas:
¡O como te compete el nombre, y cómo
Quien tal nombre te puso, lo entendia!
La selva encubre al oso, tigre y sierpe
En su arboleda verde; y tú en el pecho
Escondes impiedad, soberbia y odio,
Fieras mayores que oso, tigre y sierpe;

Que aquellas suelen aplacarse, y estas
No se aplacan por dádivas ni ruegos.
Tú, cuando te presento flores nuevas,
Esquiva las desprecias, por ventura
Viendo en tu rostro mas hermosas flores:
Pues si te traigo las manzanas frescas;
Tu las desdeñas arrogante, acaso
Porque en tu pecho las verás mas bellas.
Cuando te ofrezco los panales dulces,
Altiva los ultrajas, por ventura
Por ser mas dulce miel la de tus labios.
Mas si no puede darte mi pobreza
Cosa que no haya en tí mas dulce y bella,
A mí mesmo te doy: ¿por qué desprecias
Y aborreces el don? que no merezco
Ser despreciado, si en el mar tranquilo
Bien me miré, cuando callado el viento
Sus claras ondas serenaba un dia.
Este mi rostro de color sanguino,
Estas anchas espaldas, estos brazos
De duros nervios, mi cerdoso pecho,
Y vedijudos muslos, son indicio
De mi viril y poderoso esfuerzo.
¿Qué piensas tú hacer destos donceles,
Apenas florecido el blando bozo
En sus mejillas, que con arte y cuenta
Disponen sn cabello limpio y crespo?
Mugeres son aquestos en semblante,
Y en obras: dile á alguno que te siga
Por selva y monte, y que por tí combata
Contra el valiente javalí y el oso.
No soy pues malo yo, ni tú me dejas

Por la forma que tengo, sino solo
Por mi pobreza: en fin las caserías
Siguen de las ciudades el ejemplo:
Sin duda alguna el siglo de oro es este,
Pues solo vence el oro y reina el oro.
¡O tú, quien fuiste el inventor primero
De vender el amor! maldita sea
Tu enterrada ceniza y huesos frios;
Y no alzancen jamas pastor ó ninfa
Que pasando les diga: hayais descanso;
Mas los bañe la lluvia, y mueva el viento
Y con inmundo pie todo ganado
Los huelle; tú primero envileciste
La nobleza de amor, y su dulzura
Alegre convertiste en amargura.
Amor vendible, amor siervo del oro
Es el monstruo mas vil y abominable
Que el mar y tierra engendran y producen.
¿Mas para qué me quejo al aire en vano?
Usa las armas cada cual que expuestas
Le dió naturaleza á su defensa:
Usa los pies el ciervo, el leon las garras,
El javalí el colmillo; así son armas
De la muger beldad y gentileza.
¿Pues cómo yo al presente no me valgo
De mi ferocidad para defensa
De mi salud, pues la naturaleza
Apto me hizo á la violencia y robo?
Yo me quiero robar lo que me niega
Esta enemiga, y al amor ingrata.
Pues como agora me contó un cabrero
Que sabe sus costumbres, ella suele

Refrescarse á menudo en una fuente,
Y me enseñó el lugar: pienso esconderme
En él entre los céspedes y ramas,
Aguardando á que venga; y como vea
Buena ocasion, me arrojaré tras ella.
¿Qué puede contrastar una mozuela
Con la debil carrera ó con los brazos
Contra mí, tan ligero y poderoso?
Llore, suspire, oponga toda fuerza
De piedad ó hermosura; que si puedo
Revolver esta mano á su cabello,
De allí no irá, sin que primero tiña
Por venganza mis armas de su sangre.

ESCENA II.

DAFNE Y TIRSI.

Dafne.

Como te dije, Tirsi, ya yo via
Que Aminta amaba á Silvia, y sabe el cielo
Como le he hecho siempre buen oficio;
Y agora con mas gusto he de hacerle,
Porque los ruegos tuyos intervienen.
Mas, antes me atreviera, te prometo,
A domar un novillo, un tigre, un oso,
Que una rapaza destas simple y boba,
Tan boba como bella; que no advierta
Cuán ardientes y agudas son las armas
De su belleza; y con el llanto y risa
A muchos mate, y del herir no entienda.

Tirsi.

¿Qué muger hay tan simple que, en saliendo
De las mantillas, ya no aprenda el arte
De contentar y parecer hermosa,
De matar agradando, y saber cuáles
Armas pueden herir, y cuales matan,
Y cuales dan salud y resucitan?

Dafne.

¿Quién es maestro de tan grandes artes?

Tirsi.

Tú finges, y me tientas: el que enseña
El canto y vuelo á las ligeras aves,
El nadar á los peces, el encuentro
A los carneros, á los bravos toros
Usar del cuerno, y al pabon soberbio
Tender la pómpa de bizarras plumas.

Dafne.

¿Cuál es el nombre suyo?

Tirsi.

El nombre es Dafne.

Dafne.

¡O falsa léngua!

Tirsi.

¿Luego tú no bastas
A dar á mil discípulas escuela?
Aunque, á decir verdad, bien poca falta
Les hace ótro maestro: su maestra
Es la naturaleza, y á las veces
Tambien la madre y ama alcanzan parte.

Dafne.

Tú eres en suma malicioso, Tirsi:
Pues yo te sé decir que no resuelvo

Si es ya tan boba Silvia y tan sencilla
Como en sus hechos y palabras muestra.
Ví ayer cierta señal, y esta me puso
En mucba duda: yo la hallé cercana
A la ciudad, donde sus anchos prados
Tienen entre lagunas una isleta
Con un estanque transparente y limpio;
Allí la ví, toda pendiente el cuerpo,
De suerte que mostraba deleitarse
De mirar á sí mesma, y le pedia
Consejo al agua cómo dispondria
Por cima de la frente su cabello,
Sobre el cabello el velo, y sobre el velo
Diversas flores que tenia en la falda.
De allí sacaba la azucena y rosa,
Y la llegaba á su purpúreo rostro,
Y á su cándido cuello, cotejando
Las colores, y luego muy ufana,
De la vitoria, un tanto se reía;
Como diciendo: yo en efeto os venzo,
No os traigo aquí por ornamento mio,
Mas solo os traigo por vergüenza vuestra,
Y por mostrar que os llevo gran ventaja.
Mas, mientras se adornaba y componia,
Volvió los ojos bien acaso, y viendo
Como yo la miraba, de vergüenza
Se alzó del suelo y derramó las flores.
Cuanto mas yo de verla me reía,
Mas ella de mi risa se encendia:
Y porque estaba descompuesto en parte
Su cabello, y en parte recogido,
Dos ó tres veces revolvió los ojos

Acia la fuente consejera á hurto,
Como temiendo ser de mí entendida:
Miróse descompuesta ; mas con todo
Se satisfizo, que se vió muy bella,
Si descompuesta: yo entendílo todo,
Pero callé.

Tirsi.

Tú me refieres, Dafne,
Lo que he pensado siempre: ¿no lo dije?

Dafne.

Bien lo dijiste ; mas á todos oigo
Que no fueron las ninfas y pastoras
Tan entendidas antes, ni yo tuve
Tal juventud: el mundo se envejece,
Y en la vejez se aumenta su malicia.

Tirsi.

Quizá entonces no usaban tantas veces
Los ciudadanos ver el campo y selvas,
Ni tantas veces nuestras zagalejas
Entrar en la ciudad : ya están mezclados
Linages y costumbres. Mas, dejando
Agora estos discursos, ¿no harías
Por conformar á Silvia en que le hablase
Aminta solo, ó tú delante, un dia?

Dafne.

No sé: Silvia es esquiva por extremo.

Tirsi.

Y Aminta por extremo comedido.

Dafne.

Pues no hará nada comedido amante:
Tú le aconseja que á otra cosa atienda
Si es de ese humor. El que saber quisiere

De amar, deje respetos, ose y pida,
Solicite, importune; y si no basta,
Tome lo que pudiere: ¿tú no sabes
De la muger la condicion precisa?
Huye, y huyendo quiere que la alcancen:
Niega, y negando quiere que la apremien:
Lucha, y luchando quiere que la venzan.
Ya sabes, Tirsi, que de tí me fio,
Porque en silencio guardes lo que digo.

Tirsi.

No hay ocasion por qué de mí sospeches
Que jamas diga cosa que te ofenda:
Mas ruégote, mi Dafne, por la dulce
Memoria de tus años juveniles,
Me favorezcas, ayudando á Aminta
Mísero, que perece.

Dafne.

¡Qué conjuro
Tan gentil ha buscado este inocente!
La juventud me trae á la memoria:
El bien pasado es el presente enojo.
¿Pues qué dices que haga?

Tirsi.

No te falta
Ingenio, ni consejo; basta solo
Que á querer te dispongas.

Dafne.

Ora sabe
Que vamos Silvia y yo, dentro de un rato,
A la fuente que llaman de Diana,
Allá donde aquel plátano dá sombra
Al agua dulce, y al lugar convida

Las ninfas cazadoras : en aqueste
Es cierto ha de lavar sus miembros bellos.

Tirsi.

Pues bien.

Dafne.

¿Como pues bien? ¡qué mal entiendes!
Si en tí cabe discurso, eso te basta.

Tirsi.

Ya entiendo; mas no sé si ha de atreverse
Él á tanto.

Dafne.

Pues si él no ha de atreverse,
Estése así, y aguarde á que lo busquen.

Tirsi.

Él es por cierto tal, que lo merece.

Dafne.

Pero nosotros ¿no hablaremos algo
De tí mismo? Dí, Tirsi, ¿tú no quieres
Enamorarte? pues aun eres mozo,
Que no serán tus años veinte y nueve,
Y ayer te conocimos bien criatura.
¿Has de vivir ocioso y sin contento?
Que solo sabe de placer el que ama.

Tirsi.

No desecha de Venus los placeres
Quien se retira del Amor; mas goza
El dulce del Amor sin el amargo.

Dafne.

Es desabrido dulce al que le falta
Mezcla de algun amargo, y luego cansa.

Tirsi.

Mas vale, pues, hartarse,

Que estar siempre hambriento.

Dafne.

No ya con el manjar que se posee;
Y cuanto mas se gusta mas agrada.

Tirsi.

¿Quién es tan poseedor de lo que gusta,
Que á todas horas pueda
Hallarlo expuesto á su apetito y hambre?

Dafne.

Mas ¿ quién halló jamas lo que no busca?

Tirsi.

Es peligro buscar lo que, adquirido,
Causa breve contento,
Y no adquirido, mucho mas tormento.
Hasta qué llantos y suspiros falten
En el Amor y su tirano reino,
Tirsi no ha de volver á ser amante:
Ya basta lo que tengo padecido;
Otro fiel amador hará su parte.

Dafne.

Mas, no tienes gozado lo que basta.

Tirsi.

Ni gozarlo deseo,
Si tan caro se compra.

Dafne.

Amar te será fuerza, si no gusto.

Tirsi.

No me pueden forzar, estando lejos.

Dafne.

¿Quién está lejos del Amor?

Tirsi.

Quien huye.

Dafne.

¿Y qué importa que huyas de sus alas?

Tirsi.

Tiene al nacer Amor las alas cortas,
Que apenas le sustentan,
Y así no las extiende á todo vuelo.

Dafne.

Pues no conoce el hombre cuando nace;
Y cuando lo conoce, es grande y vuela.

Tirsi.

No, si otra vez no ha visto como nace.

Dafne.

Ora veremos si tus ojos huyen,
Como dices: y luego te protesto
(Ya que presumes tanto de ligero)
Que cuando te veré pedirme ayuda,
No moveré por ayudarte un paso,
Un solo dedo, una pestaña sola.

Tirsi.

Bravo rigor, ¡qué! ¿me podrás ver muerto?
Pues, Dafne amiga, si pretendes que ame,
Quiéreme tú, y estamos concertados.

Dafne.

Tú me burlas en fin, y por ventura
No me mereces por amante: ¡ay, cuantos
Engaña un rostro colorado y liso!

Tirsi.

No burlo á fé; mas antes me parece
Que con esa protesta me desechas,
Cual hacen todas; pero ¿qué remedio?
Viviré sin amor, si no me quieres.

Dafne.

Vive, Tirsi, contento, ocioso vive:
Que en ocio tal siempre el amor se engendra.

Tirsi.

¡O Dafne! en esta ociosidad me ha puesto
El que en las selvas como á Dios honramos,
Para quien los ganados grandes pacen
Del uno al otro mar, por las campañas
Extendidas, alegres y fecundas,
Y las alpestres cumbres de Apenino:
Él dijo así, cuando me hizo suyo:
»Tirsi, ahuyenten otros los ladrones
Y los lobos, guardando mis rebaños:
Reparta otro los premios y las penas
A mis ministros: otros apacienten
Mis ganados: en fin, otro conserve
La lana y leche, y otro la despenda;
Agora canta tú, que estás ocioso."
Así será razon que no le burle
Con mundanos amores, sino cante
Los abuelos de aqueste verdadero
No sé si Apolo ó Júpiter lo llame,
Que á ambos parece en el aspecto y obras;
Abuelos de mayor merecimiento
Que el gran Saturno y Celo: agreste Musa
A mérito real; mas no por eso,
Que suene clara ó ronca, la desprecia.
De su mismo sujeto nada canto,
Porque no puedo dignamente honrarlo
Sino con el silencio y reverencia:
Mas, no faltan jamas en sus altares
Las flores de mi mano, ni los fuegos

De inciensos olorosos y suaves,
Ni faltará en mi pecho esta devota
Y pura religion, hasta que vea
Pacer el aire por el aire el ciervo,
Y que, mudado el curso de los rios,
Beba la Sona el Persa, el Franco el Tigris.

Dafne.

Tú vas muy alto; ora desciende un poco
Al propósito nuestro.

Tirsi.

El pnnto es este,
Que en estando en la fuente tú con Silvia,
Procures ablandarla, y yo entretanto
Procuraré que Aminta vaya; y pienso
Que no es menos dificil que la tuya
Mi diligencia. Ve en buen hora.

Dafne.

Voime,
Pero nuestro propósito no era ese.

Tirsi.

Si bien diviso desde aquí su rostro,
Allí parece Aminta, él es sin duda.

ESCENA III.

AMINTA Y TIRSI.

Aminta.

Veré si ha hecho Tirsi alguna cosa;
Porque, si nada ha hecho,
Antes de consumirme he de matarme
Ante los ojos mismos de la ingrata;

Que, pues le agrada tanto
Deste mi corazon la viva llaga,
Agudo golpe de sus ojos bellos;
Tambien debe agradarle
La llaga de mi pecho,
Golpe furioso de mis propias manos.

Tirsi.

Nuevas te traigo, Aminta, de consuelo;
Bien puedes ya dejar tanto lamento.

Aminta.

¡Ay Tirsi! ¿qué me dices?
¿Traes la vida ó la muerte?

Tirsi.

Traigo salud y vida, si te atreves
A acometerlas; pero ve dispuesto
A ser un hombre, Aminta,
A ser un hombre de ánimo resuelto.

Aminta.

¿Como y con quién el ánimo me importa?

Tirsi.

Si estuviese tu ninfa en una selva
Que, cercada de altísimos peñascos,
Diese albergue á los tigres y leones,
¿Fueras allá?

Aminta.

Fuera seguro y pronto,
Mas que en la fiesta zagaleja al baile.

Tirsi.

Y si estuviese entre ladrones y armas,
¿Fueras allá?

Aminta.

Fuera resuelto y presto,

Mas que á la fuente el ciervo caluroso.

Tirsi.

Mayor empresa importa que acometas.

Aminta.

Iré por medio el rápido torrente,
Cuando la nieve desatada en agua
Al mar se precipita: iré por medio
Del vivo fuego, y al infierno mismo,
Cuando en él estuviese, si ser puede
Infierno donde está cosa tan bella.
Descubre, acaba, lo que pasa.

Tirsi.

Escucha:
Silvia te espera agora en una fuente,
Desnuda y sola: ¿irás allá?

Aminta.

¿Qué dices?
¿Silvia me espera á mí, desnuda y sola?

Tirsi.

Sola con Dafne, que es de nuestra parte.

Aminta.

¿Y desnuda me espera?

Tirsi.

Desnuda digo: mas.....

Aminta.

¡Ay triste! acaba:
¿Qué mas, Tirsi? tú callas, tú me matas.

Tirsi.

Mas no sabe que has de ir allá.

Aminta.

Terrible
Y fiera conclusion, que ya en veneno

La dulzura pasada me convierte.
Cruel, ¿con cnál estudio me atormentas?
Tan poco desdichado te parezco,
Que aumentar quieres la miseria mia?

Tirsi.

Haz tú mi parecer, serás dichoso.

Aminta.

¿Qué me aconsejas?

Tirsi.

Que pasar no dejes
La dicha que te ofrece la fortuna.

Aminta.

Dios no permita que jamas yo intente
Cosa que la disguste; ni yo supe
Hacer cosa jamás contra su gusto,
Sino es amarla: y el amarla es fuerza,
Fuerza de su hermosura, y no mi culpa.
Así no se verá que en cuanto pueda
No procure agradarla.

Tirsi.

Ora responde:
¿Si potestad tuvieras
Para dejar de amarla,
Dejárasla de amar por agradarla?

Aminta.

Ni tal cosa consiente Amor que diga,
Ni que imagine ver en tiempo alguno
El dejarla de amar, aunque pudiese.

Tirsi.

Desa manera á su pesar la amáras,
Pudiendo no quererla.

Aminta.

No fuera á su pesar, mas la amaria.

Tirsi.

Sin su gusto en efeto.

Aminta.

Sí por cierto.

Tirsi.

¿Pues cómo sin su gusto no te atreves
A aprovecharte de tu bien presente?
Que si al principio le ha de dar disgusto,
Es cierto al fin que le será agradable.

Aminta.

¡Ay, Tirsi amigo! Amor por mí responda,
Que á referir no acierto
Lo que me dice el corazon: tú agora
Estás muy diestro, por el uso grande,
En razonar de amor: á mí me liga
La lengua aquello mismo
Que el corazon me liga.

Tirsi.

¿No irémos en efecto?

Aminta.

Iré sin duda,
Mas no donde tú piensas.

Tirsi.

¿Pues á dónde?

Aminta.

Iré á morir, si en mi favor no has hecho
Mas de lo que me dices.

Tirsi.

¿Y esto es poco?
¿Crees tú que Dafne nos aconsejára

Ir á la fuente, cuando no entendiera
De Silvia el pecho? Por ventura Silvia
Sabe el concierto, y no querrá se entienda
Que sabiéndolo calla. Si tú buscas
Hasta el consentimiento suyo expreso,
Buscas derechamente disgustarla:
Y siendo así, ¿qué es deste tu deseo
Que tienes de servirla y complacerla?
Y si ella aguarda que tu dicha alegre
Se adquiera solo por tu industria á hurto,
Sin que ella de su mano te la ofrezca,
Por tu vida me di, ¿qué mas te importa
Este modo que aquel?

Aminta.

¿Quién me asegura
Ser esa su intencion y su deseo?

Tirsi.

¡O simple! ves aquí que al fin procuras
La certeza que á Silvia le desplace,
Y desplacerle justamente debe,
Cual tú debieras no buscarla: ¿y dónde
Tienes quien te asegure lo contrario?
Si ella así lo pensase, y tú no fueses,
(Pues que la duda y riesgo son inguales)
¿Será mejor morir como animoso
Que como vil? Tú callas, tú conoces
Que estás vencido; agora me concede
Esta pérdida tuya, que yo pienso
Ha de ser causa de mayor vitoria.
Vamos, Aminta, vámonos.

Aminta.

Espera.

Tirsi.

¿Cómo espera? ¿no ves que el tiempo huye?

Aminta.

Miremos antes si esto debe hacerse,
Y en qué manera.

Tirsi.

Todo lo que falta
Podemos ver por el camino mesmo;
Mas, nada hará quien muchas cosas mira.

CORO.

Amor, ¿ de qué maestro,
En cuál oculta escuela
Se aprende esa tu larga
Arte de amar incierta?
¿Quién del entendimiento
Declara las ideas,
Cuando con alas tuyas
Al mismo cielo vuela?
No lo explicó el Liceo,
No la famosa Atenas,
Y en Elicona docta
Ni Febo lo demuestra;
Que si de amor discurre,
Parece que le enseñan:
Corto razona y frio
Con perezosa lengua.
No tiene voz de fuego,
Que á tu primor competa,
Ni á tus misterios altos
Sus pensamientos llegan.

Tú, Amor, eres el digno
Maestro de tu ciencia,
Y tú solo á tí mismo
Te explicas é interpretas.
Tú enseñas al mas rudo
Que en unos ojos lea
Lo que tu mano escribe
Con amorosas letras.
A los amantes fieles
Desatas tú la lengua
En delicado estilo
Con elegancia extrema.
Y á mucho mas se extiende,
Amor, tu sutileza:
¡Raro saber y extraña
Manera de elocuencia!
Que á veces con palabras
Confusas é imperfetas
Un corazon amante
Sus sentimientos muestra
Mejor que con razones
Lustrosas y compuestas;
Y aun el silencio mismo
A veces habla y ruega.
Amor, lea quien quisiere
Socráticas sentencias,
Que yo en dos bellos ojos
Aprenderé tu ciencia.
Y humillará sus versos
El mas alto poeta,
Con pluma sabia escritos
En doctas academias,

Junto á los que imprimiere
Mi pastoril rudeza
Con la grosera mano
En ásperas cortezas.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

TIRSI Y CORO.

Tirsi.

¡O extremo de crueldad! ¡o ingrato pecho!
¡O ingrata ninfa! ¡o tres y cuatro veces
Muger ingrata! Y tú, Naturaleza,
Negligente maestra, ¿por qué solo
En el rostro pusiste á las mugeres,
Y en lo aparente, cuanto tienen bueno
De agrado, de piedad y cortesía;
Y te olvidaste de las otras partes?
¡Ay joven triste y mísero! sin duda
Se habrá dado la muerte; él no parece.
Bien ha tres horas que le busco, y busco
En donde le dejé, y en los contornos,
Sin hallarle, ni rastro de sus pasos:
¡Ay que se ha dado muerte el miserable!
Allí delante están unos pastores,
Ir quiero á ver si sabe de él alguno.
Decid, amigos, ¿quién ha visto á Aminta
Acaso, ó sabe de él alguna nueva?

Coro.

Tirsi, pareceme que estás turbado;
¿Qué causa te molesta y te fatiga?
¿De qué son estas ansias y sudores?
¿Hay algun mal? por Dios que lo sepamos.

Tirsi.

Temo del mal de Aminta: ¿habeisle visto?

Coro.

No le hemos visto desde que contigo
Ha buen rato partió; ¿pero qué temes?

Tirsi.

No se haya muerto él mismo de su mano.

Coro.

¿Él muerto de su mano? ¿por qué causa?
¿Qué ocasion hallas?

Tirsi.

El amor y el odio.

Coro.

Dos poderosos enemigos juntos,
¿Qué no pueden hacer? habla mas claro.

Tirsi.

El amar una ninfa por extremo,
Y el ser de ella en extremo aborrecido.

Coro.

Cuenta el caso te ruego, y entretanto
(Este es lugar de paso) por ventura
Vendrá alguno que de él nos dé noticia,
Y aun puede ser tambien que él mismo llegue.

Tirsi.

Pláceme de decirlo, que no es justo
Que ingratitud tan grande y tan extraña
Se quede sin la infamia que merece.

Tuvo noticia Aminta (y yo fuí ¡triste!
Quien noticia le dí, ya me arrepiento)
Que Silvia y Dafne en una fuente habian
De ir á bañarse ; y ácia allá en efeto
Se encaminó, movido solamente,
No de su voluntad, mas de mi pura
Persuasion importuna ; pues mil veces
Quiso volverse atrás, y á pura fuerza
Yo lo detuve, y lo llevé adelante.
Llegábamos ya cerca de la fuente,
He aquí cuando sentimos de improviso
Un femenil lamento, y juntamente
Vimos á Dafne, que batia las palmas ;
La cual, como nos viese, alzando el grito,
¡Ay! dijo, socorred, que á Silvia ultrajan.
Luego que oyó su enamorado Aminta
Estas palabras, aventóse al campo
Furioso como un pardo, y yo seguílo :
Cuando vemos ligada con un árbol
La bella ninfa, cual nació, desnuda ;
Y su cabello, su cabello mismo
Servia de cuerda, y á la planta envuelto
Estaba con mil nudos ; y su cinto,
Que fué del seno virginal custodia,
De aquella ofensa era ministro, y ambas
Las manos le apretaba al duro tronco :
Hasta la misma planta ligaduras
Contra ella daba ; y de un vencido ramo
Dos tiernas varas duramente ataban
Sus delicadas piernas. Allí vimos
En su presencia un sátiro villano,
Que entonces acababa de ligarla.

Fuese tras él Aminta con un dardo
(Que tuvo acaso en la derecha mano)
Como un fiero leon; y yo entretanto
Estaba ya de piedras prevenido,
Con que el sátiro vil huyó en efeto.
Pues como diese espacio su huida
A que Aminta mirase, él codiciosos
Volvió sus ojos á los miembros bellos,
Que, cual tremola entre los juncos leche,
Delicados y blancos parecian;
Y todo ví se demudó en el rostro.
Despues llegóse blandamente á ella,
Y cou modestia dijo: ¡o bella Silvia!
Perdona aquestas manos, si llegarse
A tus miembros es mucho atrevimiento,
Pues las obliga necesaria y pura
Fuerza de desatar aquestos nudos;
No (ya que les concede la fortuna
Esta felicidad) te pese della.

Coro.

Palabras de ablandar los pedernales.
¿Y qué le respondió?

Tírsi.

Ninguna cosa;
Mas, con vergüenza y con desden, al suelo
Bajando el rostro, el delicado seno
Cuanto podia torciéndose cubria.
Él, echando delante su cabello
Rubio, se puso á desatar, y en tanto
Hablaba así: ¿cuándo tan bellos nudos
Un tan grosero tronco ha merecido?
¿Pues qué ventaja llevan los amantes

Que sirven al Amor, si ya comunes
Son con las plantas sus preciosos lazos?
Planta cruel, ¿pudiste unos cabellos
De oro ofender, que tal honor te hacian?
Esto le dijo al desatar sus manos,
En tal modo, que junto parecia
Que temiese tocarla, y desease.
Bajó luego á los pies por desasirlos;
Mas, como Silvia ya se viese libres
Las manos, dijo esquiva y desdeñosa:
No me toques, pastor, soy de Diana,
Yo me desataré los pies, aparta.

Coro.

¿Que tal orgullo en una ninfa albergue?
Por cierto ingrata paga de tal obra.

Tirsi.

Él apartóse con respeto á un lado,
Aun sin alzar los ojos á mirarla,
Aquel placer negándose á sí mismo,
Por no darle cuidado de negarlo.
Yo, que escondido lo miraba todo
Y lo escuchaba, cuando ví tal cosa
Mil voces quise dar, al fin me abstuve.
Mas oye qué extrañeza: ella en efeto,
Despues de gran fatiga, desatóse,
Y sin decir á Dios, apenas libre,
Partió de allí como una cierva huyendo:
Y no habia causa de temer ninguna,
Que yá de Aminta conocia el respeto.

Coro.

¿Pues cómo así huyó?

Tirsi.

Porque no quiso
Tener obligacion á la modestia
Y amor del jóven, sino á su carrera.

Coro.

¿Qué es hasta eso ingrata? ¿Y el cuitado
Qué hizo entonces, dinos, ó qué dijo?

Tirsi.

Eso no sé, porque de furia ardiendo
Corrí por alcanzarla y detenerla:
Al fin perdíla, y fué el trabajo en vano:
Despues volví á la fuente donde habia
Quedado Aminta, y no le ví; mas siento
El corazon preságo de algun daño:
Sé que estaba dispuesto de matarse,
Aun antes que esto sucediese.

Coro.

Es uso
Y arte del que ama amenazarse á muerte;
Mas raras veces ha llegado á efeto.

Tirsi.

Quieran los altos dioses que no sea
Aminta alguno de los raros.

Coro.

Calla,
Que no será.

Tirsi.

Yo quiero irme á la cueva
Del sabio Elpino, donde si él es vivo,
Por dicha le hallaré; porque allí suele
Alentar sus tristezas y tormentos
Al dulce son de la zampoña clara,

Que trae las piedras á escuchar del monte,
Hace correr de pura leche el rio,
Y miel brotar de las cortezas duras.

ESCENA II.

AMINTA, DAFNE Y NERINA.

Aminta.

Rigurosa piedad por cierto usaste
Conmigo, Dafne, al detener el dardo,
Porque será mi muerte
Cuanto mas dilatada mas amarga:
Y dime agora, ¿para qué me engañas
Por diversos caminos, y entretienes
Con tus varias razones tan en vano?
Si temes que me mate, mi bien temes.

Dafne.

¿Por qué te desesperas,
Aminta? que si yo bien la conozco,
No fué crueldad, sino vergüenza sola
La que movió á tu Silvia que huyese.

Aminta.

¡Ay triste yo! que mi salud seria
Desesperar, despues que la esperanza
Mi destruccion ha sido: y todavía
Tienta reverdecer dentro del pecho,
Solo para que viva.
Y al que es tan desdichado,
¿Qué mas fiero tormento que la vida?

Dafne.

Vive, mezquino: miserable, vive,
Solo para que goces
De la felicidad cuando viniere:
Sea premio á tu esperanza
(Si en vivir esperando te mantienes)
Lo que miraste en la desnuda bella.

Aminta.

No pareció al Amor y á mi fortuna
Que era yo enteramente desdichado,
Si no me descubrian
Enteramente aquello que me niegan.

Nerina.

¿Que he de ser yo en efeto la siniestra
Corneja de una nueva tan amarga?
¡O para siempre mísero Montano!
¿Qué sentirá tu pecho cuando entiendas
El duro caso de tu Silvia cara?
¡O viejo padre y ciego!
¡Padre infeliz! mas ya no serás padre.

Dafne.

Oigo una triste voz.

Aminta.

Yo siento el nombre
De Silvia, que me hiere los oidos
Y el corazon: ¿mas quién la nombra? escucha.

Dafne.

Esta es Nerina, ninfa á Cintia cara,
De bellos ojos y de lindas manos,
Talle gentil y movimiento airoso.

Nerina.

Quiero con todo, que lo sepa, y trate

De buscar las reliquias miserables,
Si algunas han quedado. ¡Ay Silvia, ay Silvia!
¡Ay como fué tu suerte desdichada!

Aminta.

¡Ay de mí! ¿qué será lo que esta dice?

Nerina.

Dafne.

Dafne.

¿Qué estás hablando entre tí mesma?
¿Ó cómo á Silvia nombras y suspiras?

Nerina.

Con ocasion bastante
Suspiro el triste caso.

Aminta.

¡Ay! ¿de qué caso
Podrá decir aquesta? que yo siento,
Yo siento el corazon que se me hiela,
Y enflaquece el espíritu: ¿está viva?

Dafne.

Cuenta qué triste caso es el que dices.

Nerina.

¡O cielos! ¿yo he de ser la mensagera?
¿Y me obligan tambien á que lo cuente?
Vino desnuda Silvia á mi morada,
Y la causa ya debes de saberla,
Despues, vestida, me rogó que fuese
Con ella á cierta caza que ordenada
Estaba al bosque dicho de la Encina.
Fuimos, hallamos muchas ninfas juntas,
Y luego á breve rato desemboca
(No sé de dónde) un carnicero lobo
De terrible grandeza, cuyo labio

Manchaba el suelo de sangrienta espuma:
Silvia al momento acomodó una flecha
A un arco que le dí, dispara, y dale
En la cabeza: él emboscóse, y ella
Al bosque le siguió, vibrando un dardo.

Aminta.

¡O qué principios de dolor! ¡ay triste!
¿Qué fin me anuncian?

Nerina.

Yo con otro dardo
Seguí su rastro, pero lejos mucho;
Porque partí mas tarde: ya que estaban
Dentro del bosque, allí no pude verla;
Mas tanto fuí siguiendo sus pisadas,
Que en lo mas solo me hallé y espeso.
En esto ví de Silvia el dardo en tierra,
Y poco mas abajo un blanco velo,
Que yo misma primero á su cabeza
Le revolví. He aquí cuando miraba
A todas partes, siete lobos veo
Lamiendo de la tierra alguna sangre
Vertida en cerco de unos huesos mondos;
Y fué mi suerte que ellos no me vieron,
(Tan atentos estaban á su pasto):
Así que, de piedad y temor llena,
Volvíme atras. Aquesto es cuanto puedo
Decir de Silvia, y veis aquí su velo.

Aminta.

¿Has dicho poco, ninfa? ¡o velo, o sangre!
¡O Silvia, tú eres muerta!

Dafne.

¡Ay desdichado!

Amortecido está de pena, ó muerto.

Nerina.

Aun todavía respira: esto habrá sido
Algun breve desmayo: ya revive.

Aminta.

¿Por qué así me atormentas,
Dolor, que ya no acabas de matarme?
Quizá á mis manos el oficio dejas:
Yo soy, yo soy contento.
Que ellas tomen el cargo,
Ya que tú lo rehusas, ó no puedes.
¡Ay triste! si no falta
A la certeza ya ninguna cosa,
Y nada falta al colmo
De la miseria mia,
¿Qué espero mas? ¿qué busco? ¿Ah Dafne, Dafne?
¿Para este amargo fin me reservaste?
¿Para este fin amargo?
Dulce morir era por cierto el mio
Cuando matarme quise:
Tú lo estorbaste, y estorbólo el cielo,
Al cual le parecia
Que con mi muerte se evitaba el daño
Que ordenado me estaba; mas agora
Que ha ejecutado su crueldad extrema,
Bien sufrirá que muera,
Y tú sufrirlo debes.

Dafne.

Suspende pues tu muerte,
Hasta que la verdad mejor entiendas.

Aminta.

¿Qué mas quieres que espere?

Ya sobra lo esperado y lo entendido.

Nerina.

¡O quién antes hubiera sido muda!

Aminta.

Ninfa, dame, te ruego,
Ese su velo, esa funesta y sola
Reliquia suya, porque me acompañe
En este breve espacio
Que me queda de tiempo y de la vida.

Nerina.

¿Debo darlo, ó negarlo?
Pero negarlo debo,
Sabida la ocasion por que le pide.

Aminta.

¿Cruel, así me niegas
Un tan pequeño don al punto extremo?
Hasta en esto se muestra mi enemigo
El fiero hado; pues dejarle quiero,
Contigo quede, y aun quedaos vosotras,
Que yo me voy donde volver no espero.

Dafne.

Aminta, aguarda, escucha,
¡Ay de mí, con la furia que se parte!

Nerina.

Él camina de suerte
Que es por demas seguirlo; así yo quiero
Proseguir mi viaje; y por ventura
Será mejor que calle,
Y nada cuente al mísero Montano.

CORO.

No es menester la muerte;
Que si es para obligar un pecho noble,
Basta la fe con un amor conforme:
Ni la que se pretende
Es tan dificil fama,
Si persevera firme el que bien ama;
Que es premio amor que con amar se alcanza,
Y muchas veces, si al amor inquiere,
Gloria inmortal el amador adquiere.

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

DAFNE, SILVIA Y CORO.

Dafne.

El viento lleve con la mala nueva
Que se esparció de tí tus males todos,
Los por venir, o Silvia, y los presentes;
Pues te juzgué ya muerta, y, gloria al cielo,
Viva y sana te miro: de tal suerte
Ha contado Nerina tu suceso,
Que ojalá fuera muda, y otro sordo.

Silvia.

Cierto fué grande el riesgo, y ella tuvo
Causa bastante de juzgarme muerta.

Dafne.

Mas no bastante causa de decirlo.
Ora cuéntame el riesgo, y de qué modo
Tú lo excusaste.

Silvia.

Yo, siguiendo un lobo,
Me embosqué en lo profundo de la selva
Tanto, que lo perdí de rastro; y mientras
Volverme procuraba al mismo puesto
Donde partí primero, el lobo miro,
Al cual reconocí por una flecha
Que yo le habia clavado de mi mano
Junto á la oreja; vilo entre otros muchos
Al rededor de un animal que habian
De fresco muerto, cuya forma entonces
No supe distinguir: el lobo herido
Pienso me conoció, porque se vino
Contra mí con la boca ensangrentada.
Yo le esperaba audaz, y con la diestra
Vibraba un dardo: ya tú sabes, Dafne,
Si con destreza sé tirarle, y sabes
Si jamas yerra de mi mano el golpe.
Ya que lo ví tan cerca de mi puesto
Cuanto me pareció distancia justa
Para la herida, le arrojé mi dardo
En vano; porque, ó fué de la fortuna
La culpa, ó mia, por herir al lobo
Clavé una planta: entonces se venia
Con mas furioso encuentro á acometerme.
Yo, viéndole tan cerca que del arco
Era imposible entonces ya valerme,
Y no siendo señora de otras armas,

Dispúseme á huir, y mientras huyo
Él me viene siguiendo: adviérte agora,
Un velo que revuelto yo tenia
A los cabellos, desplegóse en parte,
Y andaba ventilando, tal que á un ramo
Se marañó; yo siento que me tiran
Y me detienen sin saber quién fuese;
Mas, con el miedo de morir, redoblo
La fuerza á la carrera, y de su parte
El ramo no se vence ni me deja:
Al fin del velo me desasgo, y pierdo
Con él algunas hebras del cabello;
Y tantas alas á los pies fugaces
Me puso el gran temor, que libre y sana
De la selva salí: despues volviendo
Acia mi albergue, te encontré turbada,
Toda turbada, y me espanté de verte,
Porque de solo verme te espantabas.

Dafne.

Tú estás viva, y alguno ya no vive.

Silvia.

¿Qué me dices? ¿te pesa por ventura
Que viva esté? ¿que tanto me aborreces?

Dafne.

Pláceme de tu vida: mas me duele
De agena muerte.

Silvia.

¿De qué muerte dices?

Dafne.

De la muerte de Aminta.

Silvia.

Ay, ¿cómo es muerto?

Dafne.

Él cómo no lo sé, ni aun el efeto
Puedo afirmar: mas téngolo por cierto.

Silvia.

¿Qué es lo qué dices? ¿pues á qué atribuyes
La causa de su muerte, dí?

Dafne.

Á tu muerte.

Silvia.

Yo no te entiendo.

Dafne.

La terrible nueva
De esa tu muerte, que por cierta tuvo,
Le habrá dado al mezquino el hierro ó lazo,
Ó alguna cosa tal, que lo haya muerto.

Silvia.

Será vana sospecha la que tienes,
Como la de mi muerte; que cualquiera
Salva la vida suya mientras puede.

Dafne.

¡Ah Silvia! tú no sabes, ni lo crees,
Cuánto el fuego de amor puede en un pecho,
En un pecho de carne, y no de piedra,
Cual ese tuyo; que si lo creyeras,
Hubieras ya querido á quien te quiere
Mas que las mismas niñas de sus ojos,
Y el espíritu mismo de su vida;
Lo cual sé yo, y aun helo visto. Vilo
Cuando huiste como tigre fiera
Al tiempo que debieras abrazarlo:
Volver le ví contra su pecho un dardo,
Desesperado, y á morir expuesto,

Y sin arrepentirse, al fiero hecho;
Pues en efeto se pasó el vestido
Hasta la piel, dejándola teñida
De su sangre; y pasára mas adentro
La punta, y fuera el corazon herido,
Que tú con mas violencia ya heriste,
Si entonces yo no le detengo el brazo,
Y su furor impido. Quizá aquella
Herida breve fué un ensayo solo
De su furor, de la desesperada
Constancia suya, y le mostró la via
Al hierro audaz, para que ya supiese
Arrojarse por ella libremente.

Silvia.

¡Ay! ¿qué me cuentas?

Dafne.

Y despues lo he visto,
Cuando escuchó la desdichada nueva
De que eras muerta, del afan y angustia
Amortecerse; y con furor extraño
Luego partir de allí para matarse;
Y de esta vez se habrá de veras muerto.

Silvia.

¿Qué, lo tienes por cierto?

Dafne.

Por sin duda.

Silvia.

¡Triste de mí! ¿por qué no le seguiste
Para impedirlo? Ven, busquemos, vamos:
Que si la muerte mia
Le quitaba la vida,
Mas facilmente espero,

Que mi vida le salve de la muerte.

Dafne.

Ya le seguí: mas tan veloz corria,
Que se despareció de mí en un punto,
Y nada me valió buscar sus huellas.
Mas ¿dónde quieres ir sin rastro alguno?

Silvia.

¡Ay, Dafne! él morirá si no le hallamos.

Dafne.

Cruel, ¿sientes acaso que te usurpe
La gloria de tal hecho? ¿Tú en efeto
Quisieras haber sido su homicida?
¿No te parece, ingrata, que su muerte
Debe ser obra de otra que tu mano?
Ora consuelate, que como quiera
Que el desdichado muera, tú le matas.

Silvia.

¡O Dafne! tú me afliges;
Y el gran dolor que siento de su daño,
Se aumenta mas con la memoria acerba
De mi rigor pasado,
Que honestidad llamaba, y fuélo cierto;
Pero fué muy severa y rigurosa:
Agora lo conozco, y me arrepiento.

Dafne.

¿Qué es lo que escucho? ¿tú piadosa, Silvia?
¿Tú en ese corazon sientes afecto
Alguno de piedad? ¿qué es lo que veo?
¿Tú lloras, tú? ¡notable maravilla!
¿Y es de amor en efeto ese tu llanto?

Silvia.

No lloro yo de amor, de piedad lloro.

Dafne.

No importa: la piedad es mensagera
De amor, como el relámpago del trueno.

Coro.

Y aun muchas veces, cuando él mismo quiere
Entrar oculto en los sinceros pechos
Que lo excluyeron antes con severa
Honestidad, la semejanza toma
De la piedad, qne es su ministra y nuncia;
Y con estos disfraces, engañando
Las jóvenes sencillas,
Dentro en sus corazones se aposenta.

Dafne.

Llanto de amor es este: mucho abunda:
Tú callas: en fin amas, pero en vano.
¡O poder del amor! justo castigo
Sobre esta ninfa envía.
Mísero Aminta, tú (como la abeja,
Que hiriendo muere, y en la agena llaga
Deja la propia vida) con tu muerte
Has herido en efeto un duro pecho,
Que aun no picaste en tanto que viviste.
Si eres agora espíritu desnudo
Ya de los miembros, como yo presumo,
Aquí estarás sin duda:
Mira su llanto, y goza de tu suerte,
En vida amante, y en la muerte amado.
Y si era tu destino que en la muerte
Amado fueses, y esta fiera quiso
Vender su amor por tan subido precio;
El precio mismo que pidió, le diste,
Y ya su amor con tu morir compraste.

Coro.

Por cierto caro precio al que le ha dado,
Cuanto inutil y vil á quien le admite.

Silvia.

¡O si pudiera ser comprar su vida
Yo con mi amor, ó con mi vida mesma,
Si al fin es muerto!

Dafne.

¡O tardo desengaño!
Tarda piedad sobrada,
Cuando á ningun efeto es de provecho.

ESCENA II.

ERGASTO, CORO, SILVIA Y DAFNE.

Ergasto.

Traigo tan lleno de piedad el pecho,
Y tan lleno de horror, que no oigo ó veo
Cosa alguna do quiera que me vuelva,
Que todo no me espante y me congoje.

Coro.

¿Con qué puede venir ¡ay Dios! agora
Este pastor, que muestra
Tal turbacion en el semblante y lengua?

Ergasto.

Traigo la nueva triste
De la muerte de Aminta.

Silvia.

¡Ay lo que dice!

Ergasto.

El mas noble pastor de nuestras selvas,
El mas gallardo, afable y comedido,
Amado de las ninfas y las musas,
Murió en su juventud: ¡ay de qué muerte!

Coro.

Dinos cómo, pastor, porque contigo
Llorar podamos su desgracia y nuestra.

Silvia.

¡Ay, que no oso llegarme
A donde escuche y sepa
Lo que saber no excuso!
Duro corazon mio,
Áspero y fiero corazon, ¿qué temes?
¿De qué te espantas? Vete presto, acaba
Contra el cuchillo agudo de una lengua,
Y aquí demuestra agora tu fiereza.
Pastor, yo vengo por la parte mia
De ese dolor, que á los demas prometes;
Porque me pertenece
Quizá mas que tú piensas
Y cual debida prenda lo recibo:
Así que, de dolor tan propio mio
No debes serme escaso.

Ergasto.

¡Ah, ninfa! yo te creo:
Que mil veces al mísero sentia
Llamar tu nombre, al acabar su vida.

Dafne.

Comienza ya la dolorosa historia.

Ergasto.

Yo estaba en lo mas alto del collado,

Donde mis redes hoy tendido habia,
Cuando bien cerca ví pasar á Aminta
Muy trocado en el rostro y movimiento
Del que antes era, muy turbado y triste:
Tras él partí corriendo, y en efeto
Lo alcancé y lo detuve; el cual me dijo:
Yo quiero, Ergasto, que un placer me hagas,
Y es que conmigo vengas por testigo
De cierta accion; mas quiero que me obligues
Antes tu fé con juramento estrecho,
De estarte á un lado, y no moverte un paso
A impedir el efeto de mi intento.
Yo (¿quién pensára tan extraño caso,
Ni tan ciego furor?) hice, cual quiso,
Mil conjuros horribles, invocando
A Pan, á Pales, Príapo y Pomona,
Y á la nocturna Ecátes. Luego anduvo,
Y me llevó por lo fragoso y agro
Del collado, por cuestas y barrancos
Incultos, sin camino ó senda alguna,
Do pende al cabo un precipicio á un valle.
Aquí nos detuvimos; yo mirando
Al fondo, estremecíme de improviso,
Y al punto atras me retiré; y el mozo
Hizo alguna señal como de risa,
Y serenó su rostro, el cual afecto
Fué el motivo mayor de asegurarme.
Despues hablóme así: mira que cuentes
Lo que verás á ninfas y pastores.
Luego dijo, mirando al hondo valle:
«Si yo á mi voluntad hallar pudiera
Prontos así de los hambrientos lobos

El vientre y los colmillos, como tengo
Este despeñadero, bien quisiera
Morir la muerte que murió mi vida:
Quisiera que estos miembros miserables
Fuesen despedazados
¡Ay triste! como fueron
Aquellos de mi Silvia delicados:
Mas, puesto que no puedo,
Y ya que á mi deseo
El cielo niega las voraces fieras,
Quiero seguir camino diferente
Para morir: yo seguiré otra via,
La cual será á lo menos
La mas breve, si no la que debia.
Ea, Silvia, ya te sigo,
Ya voy á acompañarte,
Y muriera contento, si entendiera
Al menos con certeza, que seguirte
No fuese disgustarte, y que tus iras
Se hubiesen acabado con la vida:
Ea, Silvia, ya te sigo."
Esto dicho, de encima del barranco
Precipitóse, vuelta la cabeza
Acia lo hondo, y yo quedéme helado.

Silvia.

¡Ay desdichada!

Dafne.

¡Miserable Aminta!

Coro.

¿Por qué no lo impediste?
¿Hízote acaso estorbo
A detenerlo el juramento hecho?

Ergasto.

No, no, que despreciando el juramento
(Vano quizá en tal caso)
Cuando advertí su temeraria y loca
Resolucion, corrí con ambas manos,
Y, como quiso sn enemiga suerte,
Lo así de este cendal que lo ceñia;
El cual, no siendo á sostener bastante
El peso con el ímpetu del cuerpo,
Que ya del todo abandonado estaba,
Se me quedó en la mano hecho pedazos.

Coro.

¿Y qué fué de su cuerpo desdichado?

Ergasto.

No lo sabré decir, porque yo estaba
Con tal horror y lástima, que cierto
No tuve corazon para asomarme,
Por no mirarlo dividido en piezas.

Coro.

¡O lastimoso caso!

Silvia.

Bien soy de piedra dura,
Pues una nueva tal aun no me acaba.
¡Triste de mí! si aquella falsa muerte
De quien le odiaba tanto
Le ha quitado la vida, justo fuera
Que la infalible muerte
De quien me quiso tanto
Me quitase la vida.
Y quiero me la quite, si no puede
Con el dolor, al ménos con el hierro,
Ó ya con este ceñidor infausto;

Este, que no sin causa
No siguió las ruinas
De su caro señor; mas quedó solo
Para tomar venganza
De mi crueldad y de su muerte injusta.
Prenda infeliz de dueño
Mucho mas infeliz, no te disguste
Quedar en este abominable albergue:
Que solamente quedas
Para instrnmento de venganza y pena.
Por cierto yo debia
Haber sido en el mundo compañera
Del infeliz Aminta; y pues no quise,
Seré por obra tuya su consorte
En el profundo abismo.

Coro.

Consuélate, zagala,
Que no es tuya la culpa,
Sino de la fortuna.

Silvia.

¿De qué llorais, pastores?
Si de mi afan llorais, yo no merezco
Piedad ninguna, que no supe usarla:
Y si llorais la desdichada muerte
Del mísero inocente, es muy pequeña
Demostracion de pérdida tan grande.
Y tú, mi Dafne, enjuga
Por Dios esas tus lágrimas, si he sido
Yo la ocasion; y suplicarte quiero,
(No por piedad de mí, sino del triste
Que fué mas digno della)
Me ayudes á buscar sus miserables

Miembros, y sepultarlos:
Este cuidado solamente impide
El darme aquí la muerte:
En este oficio solo
Quiero pagar, pues otro no me queda,
El amor que me tuvo; bien que puede
Contaminar esta homicida mano
La piedad de la obra; mas con todo,
Entiendo y sé que le será agradable,
Al menos por ser obra de mi mano;
Porque me quiere y ama,
Cual lo mostró muriendo.

Dafne

Soy contenta por cierto de ayudarte
En el piadoso oficio;
Mas tú, morir del pensamiento borra.

Silvia.

Hasta agora viví para mí mesma
Y para mi fiereza; agora quiero
Vivir lo que me queda para Aminta,
Ó viviré á lo menos
Para su helado y mísero cadaver.
Tanto, y no mas, es lícito que viva,
Y luego, que se acaben
A un tiempo sus exequias y mi vida.
Pero dime, pastor, ¿por qné camino
Podemos ir al valle do el barranco
Tiene su asiento?

Ergasto.

Aqueste ha de llevaros,
Y él estará de aquí poco distante.

Dafne.

Vamos, guiaréte yo, que bien me acuerdo
De este lugar que dice.

Silvia.

A Dios, pastores;
Quedaos á Dios, á Dios selvas y rios.

Ergasto.

Hablando va de suerte que denota
Estar dispuesta á la última partida.

Coro.

Lo que la muerte rigorosa atierra,
Amor, tú lo reparas, dulce y blando,
Siempre amigo de paz, y ella de guerra,
De cuyos triunfos siempre vas triunfando:
Y la vez que dos almas en la tierra
Ligas, sus voluntades conformando,
Tanto se muestra semejante al cielo,
Que no desdeñas habitar el suelo.

En la pureza del celeste asiento
No se han visto jamás turbadas iras;
Así tú en el humano entendimiento
Una apacible mansedumbre inspiras:
El ódio, el alterado movimiento
Del blando pecho y corazon retiras;
Y casi hace tu valor superno
De todo lo mortal un giro eterno.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

ELPINO Y CORO.

Elpino.

No hay duda que la ley con que gobierna
Amor su grande imperio eternamente,
No es injusta ni dura, y que sus obras
Llenas de providencia y de misterio,
Sin razon se abominan y condenan.
¡O cuán artificioso, por caminos
No conocidos encamina al hombre
A su felicidad, y entre los bienes
Lo pone al fin de su amorosa gloria,
Cuando él se juzga al fondo de sus males!
He aqui precipitado Aminta sube
Al sumo colmo del mayor contento.
¡O tú feliz, o venturoso Aminta,
Y más cuanto mas fuiste desdichado!
Esperar con tu ejemplo agora puedo
Que vez alguna aquella dulce ingrata,
Que con piadosa risa encubre y cela
El acero mortal de su fiereza,
Con fiel piedad mi corazon repare,
Que con piedad fingida tiene herido.

Coro.

Aquí se nos acerca el sábio Elpino,
Y escuchad sus razones, que de Aminta



Hablando viene, como si él viviera,
Y le llama feliz y venturoso.
¡O condicion de los amantes dura!
Sin duda juzga venturoso amante
Al que, muriendo, al fin piedad alcanza
En el amado pecho de su ninfa;
Esto tiene por gloria, y esto espera.
¡De cuán ligero premio el dios alado
Contenta sus secuaces! Dime, Elpino,
¿En estado tan mísero te hallas,
Que venturosa llamas á la muerte
Del infeliz Aminta, y semejante
Fin desdichado para tí deseas?

Elpino.

Amigos, bien podeis estar alegres,
Porque es falsa la fama de su muerte.

Coro.

¡O cuánto nos alegra lo que dices!
En fin ha sido falso, segun eso,
Que se precipitó.

Elpino.

Verdad ha sido;
Mas fué feliz el precipicio, tanto,
Que en una imagen mísera de muerte
Le trajo vida y bien; agora queda
Entre los dulces brazos de su ninfa,
Piadosa ya, lo que antes rigurosa;
La cual en tanto con su boca misma
Las lágrimas le enjuga de los ojos:
Así voy á llamar al buen Montano,
Della padre, y llevarlo donde agora
Quedaban juntos, porque el gusto suyo

Les falta solamente, y ya dilata
La voluntad unánime de entrambos.

Coro.

Iguales son de edad y gentileza,
En el deseo conformes: y Montano,
De nietos deseoso, y de ampararse
Alegre en la vejez con tal presidio:
Así que, el gusto de ambos será suyo.
Mas tú nos cuenta por tu vida, Elpino,
Cuál dios, ó cuál ventura al buen Aminta
Salvarle pudo de peligro tanto.

Elpino.

Yo lo diré, escuchad, escnchad todos
Lo qne ví por mis ojos. Yo me estaba
Junto á mi cueva, que vecina al valle,
Y casi al pie del gran collado yace,
Do forma falda su ladera enhiesta:
Allí con Tirsi andaba razonando
De aquella que en la misma red y lazos
Primero á él, y á mí despues ha envuelto,
Y anteponiendo mi servir contínuo
A su retiramiento y libre estado:
Cuando una voz nos levantó los ojos;
Y el ver de lo alto despeñarse un hombre,
Y verlo dar sobre una espesa mata,
Fué todo un punto. En el collado habia
Poco alto de nosotros, producido
De mucha yerba, espinos, y otros ramos
Juntos y estrechamente entretejidos,
Un grande haz: en este, antes que diese
En otra parte, vino á dar el golpe:
Y bien que el peso al fin lo desfondase,

Y él mas abajo á nuestros pies cayese,
Aquel estorbo, aquel impedimento
Tanto ímpetu quitó de la caida,
Que ella no fué mortal: pero con todo
Tan grave fué, que un hora larga estuvo
Como aturdido y fuera de su acuerdo.
Quedamos mudos de piedad y espanto
Los dos al espectáculo improviso,
Conociendo el pastor; mas, conociendo
Que no era muerto, ni tampoco estaba
Para morir, el duelo mitigamos.
Tirsi entonces me dió larga noticia
De sus secretos, sus amores tristes:
Mas, mientras con diversos argumentos
Procuramos hacer que reviviese;
Enviado ya á llamar Alfesibeo,
A quien Febo enseñó la medicina
Cuando le dió la cítara y el plectro,
Llegaron juntamente Dafne y Silvia,
Que, como luego supe, iban buscando
El triste cuerpo que tenian por muerto.
Pues cuando Silvia lo conoce, y mira
En las mejillas pálidas de Aminta
Una belleza tal, que la violeta
Nunca tan dulcemente se marchita;
Y él con gemido débil, que parece
Que en los suspiros últimos al aire
Exhala el alma á guisa de bacante;
Con altos gritos y herirse el pecho
Se arroja con el cuerpo que yacía
Juntando rostro á rostro y boca á boca.

Coro.

¿Pues como no la abstuvo la vergüenza,
Siendo ella tan severa y tan esquiva?

Elpino.

Abstiene la vergüenza un amor débil:
Mas de un amor constante es debil freno.
Luego, como si fueran sendas fuentes
Sus ojos, comenzó con vivo llanto
Del joven á bañar el rostro frio:
Y fué aquel agua de virtud tan grande,
Que en sí volvió, y abriendo ya los ojos,
Un ay profundo le salió del pecho
Con gran dolor; y el ay que tan amargo
Partió del corazon, se encontró luego
Con el aliento de su Silvia cara,
Que lo acogió en su boca, y en aquesta
Se convirtió al instante dulce y puro.
¿Quién os sabrá decir como quedaron
En aquel punto entrambos? ya seguro
Del amor de su ninfa el fiel Aminta,
Y viéndose en sus brazos apretado,
Quien sabe qué es amor, él solamente
Por sí mismo lo juzgue; mas no entiendo
Puede juzgarse, cuanto mas decirse.

Coro.

En fin, ¿Aminta está de suerte sano,
Que ya no hay riesgo de su vida?

Elpino.

Aminta
Está pues sano, aunque su rostro un poco
Tiene arañado, y quebrantado el cuerpo;
Mas es nada en efeto, y él lo estima

Por menos de lo que es: ¡dichoso joven!
Que así ha dado señal de amor tan grande,
Y agora logra del amor el premio,
A quien las penas todas y peligros
Pasados sirven de mayor contento.
Pero quedaos á Dios, porque yo sigo
Mi camino á buscar al buen Montano.

CORO.

No sé si, siendo tanta la amargura
Que ese pastor amante
Ha padecido en su penoso estado,
Puede al presente alguna gran dulzura
Darle sabor bastante,
En recompensa á todo el mal pasado,
Y si es mas estimado,
Y mas alegra el bien tras muchos males;
Amor, de bienes tales
Premia á los otros, que en dominio tienes:
Que yo no pido tus mayores bienes.
Tras breves ruegos y servicios breves,
Quiero me admita luego
Mi amada ninfa con amor piadoso:
Y solo mezcle de cuidados leves
Nuestro dulce sosiego,
No tan grave tormento y riguroso
Mas un desden celoso,
Una esquiveza blanda enamorada;
Guerra en fin limitada,
A quien la dulce paz y tregua siga,
Que en mas ardor los corazones liga.

